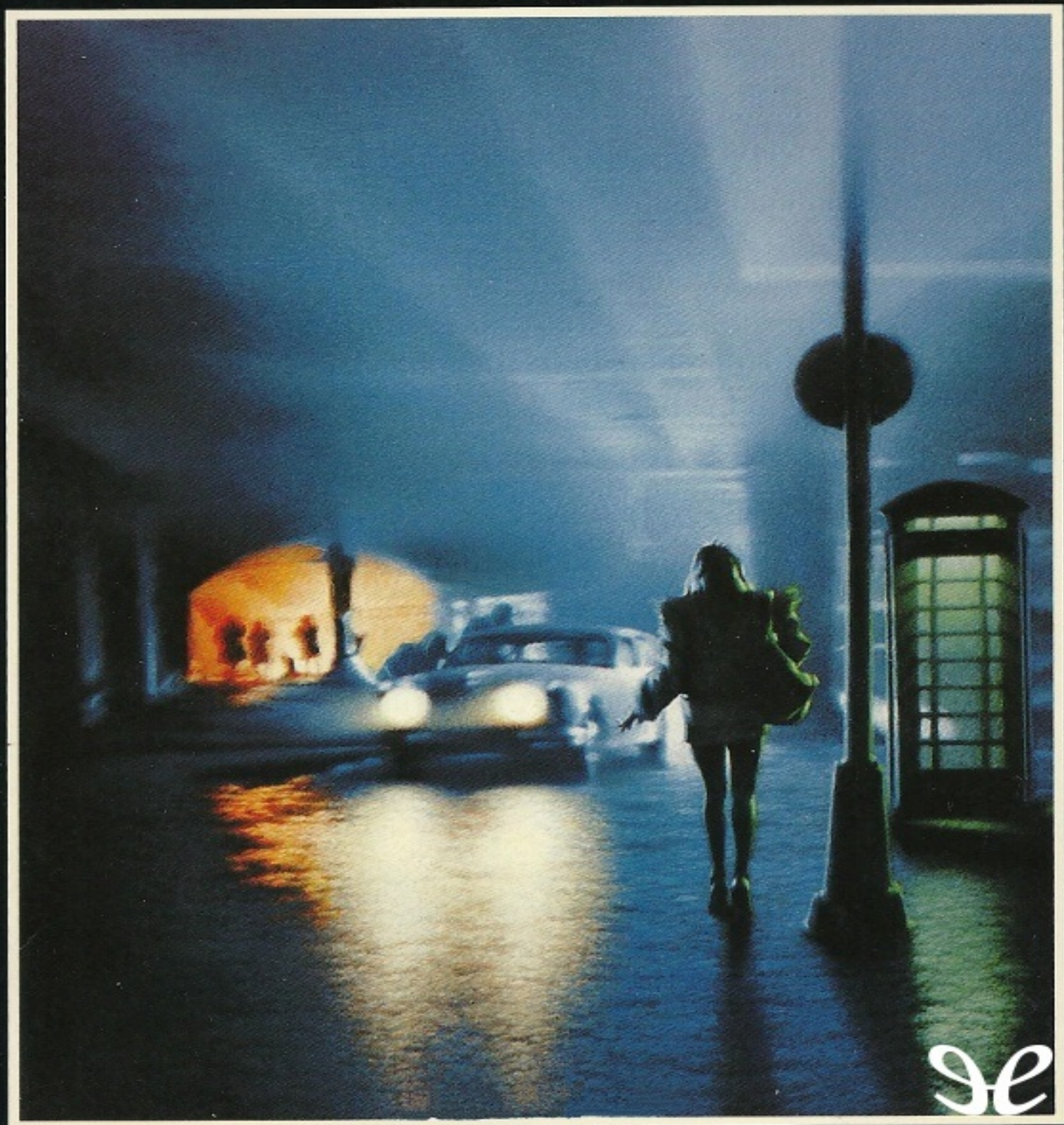


# Adolfo Bioy Casares

## UN CAMPEON DESPAREJO



de

En *Un Campeón Desparejo*, Bioy narra las peripecias de Luis Ángel Morales, un taxista de Buenos Aires, ex alcohólico, de buen corazón y poco inteligente. La novela empieza cuando Luis Ángel Morales recoge a dos extraños tipos que le dan a beber una extraña poción que le transforma la vida. De ahí en adelante, Luis Ángel Morales se convierte en un hombre increíble, de salvador de amas de casa y de putas bonaerenses. Pero es más que Hulk. Imagínense una versión de Hulk dirigida por Godard en Buenos Aires.

Particularmente, lo que más me agrada de la novela es como Bioy va desbaratando todas las conjeturas que uno se va haciendo acerca del desenlace de la novela. Como un semáforo, la trama va cambiando de un punto a otro y volviendo de nuevo al punto de inicio. De los escritores recientes, me parece que César Aira tiende a esas vueltas, pero en Bioy hay una gracia y un manejo de un lenguaje llano y sencillo de una precisión y una riqueza incomparable.



Adolfo Bioy Casares

# Un campeón desparejo

ePub r1.1  
hermes10 09.10.14

Título original: *Un campeón desparejo*

Adolfo Bioy Casares, 1993

Corrección de erratas: Sibelius

Editor digital: hermes10

ePub base r1.1



Lo tomaron en Tupungato y Almafuerte. Morales pensó que serían médicos del Hospital Penna; o tal vez un médico y un practicante. Se dijo: «Penna. Qué nombre para un hospital». Explicaría después: «Pavadas que a uno se le ocurren y que, llegado el momento, ayudan a recordar, porque el taximetrero no se acuerda de todos sus viajes». Uno de los pasajeros ordenó:

—A Callao y Corrientes, por favor.

Notó el «por favor». «La gente educada a veces da buen trato», reflexionó, y los miró por el espejito. El viejo, que era de baja estatura, tenía la cabeza redonda como una bocha. Una bocha de pelo muy blanco, rapado, o poco menos. Llevaba lentes de un modelo que nunca había visto: sin patillas, ni borde, prendidos de la nariz por una pinza metálica.

A cada rato se los sacaba, los frotaba en un pañuelo que se pasaba después por los labios, quizá para secarlos. Tenía la cara blanca, en partes rosada y paspada. El otro, el joven, era tan alto que tocaba con la cabeza el techo. De tez pálida, de pelo negro, con más de un costurón en la cara, parecía un buitre acurrucado. Hablaba con voz grave, que resonaba tristemente. Vestía un traje impecable, cruzado, «azul eléctrico».

Al llegar por Chiclana a Pavón, sin duda en un descuido momentáneo, Morales le cruzó el Rambler a un particular. El particular aceleró ruidosamente, lo emparejó, lo encaró de coche a coche y le espetó un insulto. Él contestó:

—Tiene razón.

Observó el viejo:

—Créame: admiro su sangre fría. Un sujeto así me subleva.

—Y no es tan claro que tenga razón —comentó Morales— porque yo venía a estar a su derecha. Si soy otro, acelero, me distancio, me bajo y lo espero con los brazos cruzados.

—No es para menos —dijo el viejo—. A un sujeto así, yo mismo le pegaría.

Convino Morales:

—Aunque no me gustan las peleas, yo también.

—¿Entonces? —preguntó el joven, en voz muy triste.

—Entonces tengo que aguantarme. Para no recibir (no se si me entienden) encima del insulto una paliza.

Cuando tomaron Entre Ríos, el viejo observó:

—La violencia es desagradable.

—Estoy en un cien por ciento con usted —dijo Morales— pero que un compadrón se permita cualquier atropello y quedarse mirando es para morirse. Lo que pasa es que a mí el físico no me acompaña.

A la altura de Alsina, Morales creyó oír unas palabras que los pasajeros murmuraron. Le pareció que uno preguntaba: «¿De acuerdo?», y que el otro convenía: «De acuerdo».

Cuando iban llegando, el más joven dijo:

—Por favor, entre a la playa del hotel.



El pedido le molestaba un poco, pero como no sabía por qué, obedeció. Al fin y al cabo esas personas lo habían apoyado. Pensó, a manera de conclusión: «Vale la pena entenderse con la gente».

La entrada quedaba a la izquierda y la playa, o garaje, era un sótano. Con voz grave, espesa como jarabe, indicó el joven:

—Por allá. Al fondo. Cerca de los ascensores del cuerpo que da a Corrientes. Ya puede estacionar. No se preocupe, señor. Vamos a retribuir como corresponde, por todas las molestias que le causamos. Cierre su coche. El profesor tuvo un vahído. No está lo que se dice bien. Déme una mano para llevarlo arriba.

Morales pensó: «Esto no me gusta nada», pero pensó también: «¿Cómo no darle una mano a un prójimo que a lo mejor la necesita?».

El progreso fue lento, porque no sólo había que evitar que tambaleara el profesor, sino también que se desplomara. Era notable lo que pesaba ese hombre bajito. Tuvo que sostenerlo, camino a los ascensores y cuando llegaron arriba. Entraron, lo recostaron en un diván. Un desorden de libros, frascos, retortas y una balanza eran el único indicio de que alguien vivía en ese departamento amueblado. El joven anunció:

—Voy a suministrar al profesor algo que lo reanime. Le pido que se quede con él un minuto, mientras preparo el reconstituyente.

El joven fue a otro cuarto. Aunque de buen color, el profesor no abría los ojos y, de vez en cuando, resoplaba. Morales miraba los muebles, tapizados de terciopelo verde, con sincera admiración.

Trajo el joven un vaso casi lleno de un líquido oscuro, de tono morado. El profesor lo bebió y recuperó su vitalidad tan prodigiosamente, que al verlo nadie creería que estuvo enfermo, ni que podría estarlo. Morales comentó:

—Un tónico de primera.

—Desde luego —convino el joven—. Como que es una fórmula del profesor. Este brebaje, cuya eficacia salta a la vista, no trae complicaciones y tiene gusto a frambuesas.

—Me han dicho que es una fruta muy rica.

—A todo el mundo le gusta. ¿Quiere probar?

—No, gracias.

—¿Seguro?

—Seguro. Póngale por caso que me saque el cansancio que tengo. Mañana ¿qué hago? Yo vivo cansado. Más vale resignarse, que estar pendiente de un tónico.

—Le doy la razón —dijo el profesor.

—¿Cuántas horas por día trabaja?

—Digo doce, como todos los taximetreros, pero trabajo diez, como todos.

—No me extraña que esté cansado —admitió el profesor.

—Pero el cansancio —observó Morales— no precisa de las diez horas. Empieza antes del trabajo, después de una noche bien dormida. Me levanto cansado.

El viejo preguntó:

—Entonces ¿por qué no prueba el tónico?

—Yo no bebo alcohol.

—En el tónico no hay alcohol. Usted va a saber lo que es vivir sin cansancio. Una experiencia que le recomiendo.

—A lo mejor tiene razón —dijo Morales—. En la inteligencia de que no tiene alcohol.

—No tiene. Mi ayudante va a prepararle una dosis.

El joven se metió en el otro cuarto. No tardó en volver. Trajo una botella con un líquido morado, un frasco de vidrio, con un poco de polvo, de color de plata, un vaso y una cuchara. Echó en el vaso una cucharada de polvo y después el líquido. Ordenó:

—Revuelva bien.

—El líquido es el vehículo; el polvo, el agente —explicó el profesor.

Morales revolvió, hizo una pausa para juntar coraje y, de un trago, bebió el contenido. Tenía gusto a ciruelas pero, lo que en verdad se notaba, era el polvo, muy áspero al tragar y hasta picante. «Como si uno tragara limaduras de fierro», pensó. Cuando empezó a toser, el profesor le llenó el vaso. El segundo trago barrió, casi totalmente, las partículas de polvo pegadas en la garganta.

—¿Le gustó? —preguntó el joven.

—Como tragar un puñado de arena —observó Morales.

—¡Caramba! —exclamó el profesor—. Le resultó muy desagradable.

—No, ¿por qué?

El profesor le palmeó el hombro y dijo:

—Para cualquier cosa, ya sabe dónde nos encuentra.

En ese momento de la conversación, Morales exclamó en un murmullo:

—Qué vergüenza.

Perdió el conocimiento. Lo primero que sintió después fueron palmadas en la cara.

—Tuvo un vahído —dijo el joven.

—Como el profesor —recordó Morales.

—¿Está bien? —preguntó el profesor.

—Perfectamente —dijo Morales—, aunque a lo mejor tembleque, con algo muy raro en los ojos.

—¿Qué siente? —preguntó el profesor.

—Como si estuvieran calzados en campanas de metal. Me lloran un poco.

—Qué incómodo —dijo el profesor—. ¿Ninguna otra molestia?

—Ninguna. Salvo que siento la boca, no sé cómo decirles, un poco desnivelada.

—Cuando tuvo ese vahído —sugirió el profesor— a lo mejor se golpeó la mandíbula.

—Un uppercut y quedó fuera de combate —dijo el joven, como quien celebra una ocurrencia ingeniosa.

—Siento la boca propiamente como si viniera del dentista con una muela postiza recién colocada. No sé si me entienden.

—Se va a acostumbrar —declaró el joven, que parecía imperturbable—. Faltan los datos para

el archivo. ¿Dirección?

—¿Mi casa?

—Su casa.

—Yerbal 1317. El último conventillo del barrio.

—Todo lo bueno se acaba —dijo el profesor.

—¿Teléfono? —preguntó el joven.

—No tengo. Pueden llamarme al garaje Fragata Sarmiento, donde guardo, a cuadra y media de casa. No sé qué me sucede, pero en este momento no me acuerdo del número del teléfono. Lo sé de memoria. Van a encontrarlo en guía. Es el único garaje Fragata Sarmiento.

—¿Su nombre?

—Fragata Sarmiento.

—No. El suyo.

—¿El mío? Morales. Luis Ángel Morales.

—Un ángel —dijo el profesor.

Le pagaron a entera satisfacción. Porque esto lo puso de buen ánimo, se atrevió a bromear, a decir:

—Ahora sólo faltan los datos para mi archivo.

¿Cómo se llaman ustedes?

El profesor masculló palabras, entre las que «si quiere» fueron perceptibles, y a continuación dijo claramente:

—El profesor Nemo y su ayudante Apes.

El ayudante preguntó:

—Y ese cansancio ¿desapareció por completo?

—La verdad que no.

Porfió Apes:

—Para mí que usted se equivoca. Tiene que haber desaparecido.

—No pierda nunca su franqueza —encareció el profesor— y no se deje mandonear por nadie.

De todos modos, porque las quejas aburren, no dijo que seguía también la incomodidad en los ojos y en la boca.

Salió por Callao y al cruzar Corrientes, vio la hora en el reloj público. Pensó: «No puede ser. No estuve dos horas en ese departamento. Hasta los relojes japoneses andan mal en Buenos Aires». Cuando llegó a Melo, de nuevo tuvo que parar. Le preguntó la hora a otro taxista. Era la que vio en Corrientes.



## II

A eso de las seis dejó el Rambler en el garaje. Después del trabajo, por lo general iba un rato al café Espinosa, a conversar con los amigos; pero esa tarde fue directamente a su casa, porque tenía apuro por reflexionar sobre lo que había pasado. En el trayecto comentó consigo mismo: «Una aventura bastante rara, sin más consecuencias que esta incomodidad en los ojos. A lo mejor me acostumbro, como dijo el ayudante». Empujó la puerta, y entró. Más allá del zaguán se abría el patio, en cuyo fondo vio a un grupo de señoras que lavaban y planchaban. Fue a saludar.

La que estaba lavando era la señora María Esther: chicuela, rubia, de expresión ansiosa y pálida. La blancura de sus piernas era tan extrema, que a veces Morales la creía con medias blancas. Relinda Carrillo planchaba. Era una mujer ampulosa, ojerosa, morena, que se decía profesora y que vivía del tarot, de las líneas de la mano, de los horóscopos y del psicoanálisis. Completaban el grupo, en animada conversación, doña Eladia Avendaño y Roberta Valdez. Doña Eladia, por quien Morales sentía simpatía y respeto, era una mujer bella, de tamaño considerable, plácida, que le recordaba las estatuas de la República o de la Libertad; en cuanto a Roberta Valdez, trabajaba por horas en Caballito, usaba anteojos, era linda, sin duda inteligente o por lo menos despierta. Entre el grupo y Morales habían cambiado algunas consideraciones sobre el tiempo, que estaba pesado y con ganas de llover, cuando la expresión de la señora Eladia se volvió ansiosa. Morales adivinó que el Palurdo Avendaño se acercaba.

Como si los demás no existieran, el Palurdo se dirigió a su mujer:

—Quiero que alguien me diga —declaró con una voz que sonaba como un zumbido—, quiero que alguien me diga cuándo voy a encontrar a mi señora ocupada en tareas de más utilidad que el parlamento con chismosas como ella.

El borracho levantó una mano. Antes de que la bajara, la señora la había esquivado y, con agilidad admirable, corría a la pieza. En un primer momento nadie se movió. Nadie ignoraba, por cierto, que Avendaño, un ex boxeador, había cosechado, fuera del ring, un frondoso prontuario de trifulcas y golpes. Morales se dijo: «Dos matones en un día es mucho». Preguntó:

—¿Qué pasa?

—Con vos, nada. No quise ofenderte, hermano.

Morales sentenció:

—Aquí todos respetamos a doña Eladia.

—Yo también —dijo el marido.

—No parece.

—Será porque me pasé en la caña —admitió, para agregar—: Sin mala intención, hermano.

Con tranco vacilante Avendaño se encaminó a la pieza. Cuando desapareció tras la puerta, las mujeres rodearon a Morales y, en un cuchicheo alborotado, lo cubrieron de elogios.

### III

A la noche soñó con Valentina. Cuando la angustia lo despertó, se dijo (una vez más) que aprovecharía su trabajo para buscarla por Buenos Aires.

Se quisieron en el 49, cuando él tenía trece años. Valentina vivía en la calle Hortiguera, entre Directorio y José Bonifacio. Solían encontrarse a unas cuadras de la casa de ella, frente a la fábrica de cigarrillos Pour la Noblesse, en la calle Puán. Desde entonces asociaba con esa chica el aroma a tabaco, que se olía en toda la cuadra y que le gustaba (porfiaba que no era a cigarrillos, sino tal vez a humo de pipa). Aun cuando se veían diariamente, ese olor le traía nostalgias. Del amor que tuvieron recordaba muchos momentos, largos paseos por el Parque Chacabuco y ocasionales funciones del cine de la avenida Rivadavia (si por alguna changa había reunido unos pesos).

Tan chicos eran, que solían encontrarse en el parque, en el sector de los columpios, del sube y baja, de las hamacas y del tobogán. Al llegar una tarde divisó, con lo que pudo parecerle un mal presentimiento infundado, al Gordo Landeira, que se dirigía a una hamaca donde había dos chicas. Morales vio, primero, la risueña cara de una de ellas, después una mano del Gordo, que se levantaba y abofeteaba a la otra chica de la hamaca. El Gordo, con esa mano, se arregló cuidadosamente el pelo y, al dar un paso atrás, dejó ver la llorosa cara de Valentina.

Corrió hacia ellos Morales.

—Te voy a romper el alma —le dijo al Gordo.

Se tiraron trompadas que no llegaron y, cuando se trabaron en el cuerpo a cuerpo, Morales descargó una serie de golpes cortos en el estómago de su contrincante. Este comentó en tono sarcástico:

—Qué fuertes.

Tuvo una vacilación, que el Gordo aprovechó para tomarlo de las manos, empujárselas para atrás y obligarlo a arrodillarse. Entonces, por un instante, se vio libre y recibió un puntapié en la cara. Quedó en el suelo, boca abajo, llorando de rabia.

Una mano femenina lo acarició. Se incorporó. Vio, a su lado, a la otra chica.

—Valentina, ¿dónde está?

—Cuando vio que te iba mal, se escapó.

—¿Por qué le pegó Landeira?

—Se burlaba de él.

—¿Cómo te llamás?

—Ercilia.

Al día siguiente Morales fue al parque, a la misma hora. Encontró, en el sube y baja, a Valentina y al Gordo. Creyó que no lo habían visto, hasta que a un tiempo, como dos muñecos, mientras subían y bajaban volvieron la cara y, con iguales muestras de burla y asombro, alternadamente, el que llegaba arriba en el sube y baja, le sacaba la lengua.

Un día supo que Valentina se había ido del barrio. Dejó de verla... Por aquella época Ercilia

trabajaba en la fábrica de galletitas de la calle Laferrére. Solía esperarla a la salida. «Muy buena chica, pero no era lo mismo».

«A la vuelta de un año», reflexionó, «los taxistas recorreremos todo Buenos Aires, por grande que sea. Quién me dice que un día no la encuentre. No va a ser fácil». Para peor buscaba la cara de una chica de once años y Valentina, si vivía, ya había dejado atrás los veinte.

## IV

Salió a las siete de la mañana. Al tomar Rivadavia no vio un colectivo que venía a toda velocidad; poco faltó para que sucediera una desgracia. «Si no quiero que me aplacen en el examen para renovar el registro», se dijo, «tengo que pasar por la óptica. Lo malo es que en el preciso momento en que a uno le acomodan los anteojos la vista se debilita. Todo el mundo lo sabe».

En Rivadavia y Puán levantó a una pareja. La mujer, una chica más bien, le pareció muy linda, muy pobre, muy asustada. «Tal vez me recuerda a Valentina, porque soñé con ella anoche. Qué bueno, si por chicas parecidas me voy acercando y un día la encuentro», pensó, mientras miraba a su pasajera, por el espejo. Los ojos grandes, oscuros, un poco hundidos y la tez tan pálida quizá contribuyeron a su aire de tristeza y lo que la hacía parecer tan pobre, tal vez fuera el cuellito del tapado, de piel negra, raída. La ropa del hombre era mejor. Un traje a grandes cuadros, ajustado, que sugería prosperidad y aplomo. Morales llegó a la conclusión: «Una mujer de la vida y su rufián. No una mujer, una pobre chiquilina». Estaba seguro de que el individuo la acusaba de algo. Tal vez de haragana, de no trabajar y ganar como corresponde y también de tener a un preferido, al que no cobraba. A esa altura Morales ya sentía enojo contra el hombre y compasión, mezclada con alguna ternura, por la chica. No alcanzaba a oír lo que ella decía. Le llegaba, apenas, un rumor de súplicas y explicaciones, que interrumpió el sujeto para anunciar:

—Mirá, pibita, que ya no me contengo.

Morales pensó: «Tiene ganas de empezar a los golpes». La pobre chica, tratando de justificarse, lo irritaba más. El sujeto continuó:

—Te pido por favor que reces para que lleguemos pronto. Caso contrario, no me hago responsable. Ya vas a ver lo que puede pasar en un coche. Te pido por favor que no te canses con explicaciones. En cuanto lleguemos te desnucó.

Hubiera querido que el tráfico demorara la llegada, para dar tiempo a que el hombre se aburriera de su enojo o a que un milagro salvara a la infeliz. Como las calles a esa hora estaban vacías el viaje duró pocos minutos. Paró frente a una casa de departamentos, en 25 de Mayo y Viamonte. La chica abrió la puerta, se tiró del coche, entró corriendo por el angosto zaguán. Morales la vio golpear insistentemente el botón de llamada del ascensor y mirar hacia arriba y hacia la calle. El hombre se apuró en pagar. Morales lo retuvo mientras buscaba el vuelto y, con disimulo, miraba la calle por si descubría algún vigilante o alguien a quien pedir auxilio. Por Viamonte se alejaba una mujer achacosa. La otra persona a la vista era el diarero de la esquina, más viejo que la mujer.

—¿Hasta cuándo voy a tener la vela? —preguntó el hombre.

Hizo un ademán de amenaza, o de furia, y entró corriendo en el zaguán. Morales le gritó:

—¡Su vuelto!

Bajó del coche y lo siguió con la mano izquierda estirada, para darle los billetes. El hombre ya había atrapado a la chica y le sacudía la cabeza contra la puerta corrediza del ascensor. Los

listones metálicos del armazón crujían.

Morales recordó su entredicho con el Palurdo Avendaño y dijo:

—Está maltratando a una mujer.

—No me di cuenta.

—No siga.

El individuo se detuvo y, sin mirarlo, comentó:

—El que no va a seguir sos vos, pibe. Dame ese vuelto.

Morales se lo dio. Lo guardó el hombre en el bolsillo y de nuevo se puso a sacudir la cabeza de la pobre chica.

—Basta —dijo Morales.

Sin detenerse, el hombre contestó:

—Cuando quieras, te achuro.

Morales le dio un empujón y le dijo:

—Suéltela.

—De acuerdo.

La soltó, dio media vuelta, se paró frente a él.

A espaldas del hombre vino a quedar la escalera, que era de mármol blanco y empinadísima. Por ahí huyó la muchacha. El hombre se aflojó, como si fuera a disculparse o, tal vez, a echar las cosas a la risa. Un instante después embistió con una navaja. Por temor a que lo tajearan, Morales atinó a tirarle un puñetazo. Dio en la mandíbula y creyó ver al otro volando hacia atrás, como un muñeco. No había sido más fuerte la trompada de Luis Ángel Firpo, que sacó del ring a Dempsey. No tenía dudas, por lo menos, de que vio cómo el rufiancito cayó sentado en la escalera y bajó tiesamente, con sacudidas y pausas, escalón tras escalón. Al llegar al último no despertó.

—¿Está muerto? —preguntó la muchacha desde el primer rellano de la escalera.

Morales contestó:

—Respira.

Subió con la chica hasta el séptimo piso y entraron en el departamento. En la ventana abierta, con la persiana de enrollar mal cerrada, se alternaban franjas paralelas, de sombra y de luz. La chica dijo:

—Voy a servirle un café.

—Agradecido, pero tengo que irme.

—Voy a levantar la persiana.

—Por favor, no haga nada. Tengo que irme. Solamente quiero pedirle algo.

—Lo que quiera.

—Prometa que no va a seguir con ese hombre.

—Prometo.

—Prométame, también, que no va a trabajar para nadie. Haga lo que quiera, pero no para otros.

Para usted.

—Prometo.

—Ahora me voy.

—¿Qué hago si él viene?

—No hay cuidado. Me lo llevo.

—¿Y si viene más tarde, o mañana?

—No le abre.

—Va a golpear la puerta como un loco.

—Hasta que se canse.

—No se cansa. A él ¿qué le importa armar un escándalo? A mí sí, porque de repente me echan.

—Esté tranquila. Aunque más no sea por instinto, el tipo se va a mantener lejos. No quiere que le den otra soba. Yo se lo garanto. Puede estar tranquila.

Morales admitió después que oyó, sin prestar atención, el giro de la llave en la cerradura. Lo cierto es que si la chica no lo empuja y lo hace a un lado, el que se iba a mantener lejos lo agujereaba con la navaja. Ahora lo tenía enfrente, finteando. Morales pensó: «Qué imbécil, no desarmarlo. No volverá a pasar».

—Déme esa navaja —dijo, en un tono deliberadamente calmo.

El hombre contestó:

—Tómela si se anima.

Entonces la chica empujó al hombre. Este la miró de reojo y murmuró con odio:

—A vos, porquería, te voy a tirar por la ventana.

Las palabras le requirieron un mínimo desvío de la atención, que Morales aprovechó para agarrarlo de los brazos, levantarlo en el aire, tomar envión con un balanceo y arrojarlo de cabeza contra la persiana. En seguida recogió la navaja, sin que el hombre opusiera resistencia. Comentó:

—Esta vez fue más el susto que otra cosa. De todos modos vas a perder las ganas de molestar...

Quiero que usted, señorita, sepa mi dirección, para lo que se ofrezca.

La muchacha le indicaba con ademanes que no la dijera delante del hombre. La dijo:

—Yerbal 1317. Entre Nicasio Oroño y José Juan Biedma —explicó—: Ni loco va a aparecer por casa. Ni por acá, esté segura. Sabe que si lo pesco, sale por la ventana haciendo palomita.

—Como quería tirarme.

—Como quería tirarla. Ahora me voy. A él me lo llevo de pasajero en el taxi. Me va a oír, le prometo.

Con alguna sorpresa oyó las palabras que la chica le susurró, mientras lo abrazaba:

—¿Por qué no es buenito y me deja que trabaje para usted? Apuesto que le hago ganar más que el taxímetro. Yo estaría lo que se llama tranquila.



Ordenó: «Usted va ahí. En el asiento de los amigos». Apenas reprimió una sonrisa. Que ese individuo ocupara el asiento de los amigos le pareció un buen chiste. Sentir al sujeto a su lado no lo intimidaba; seguro de sí, manejaba, resuelta y enérgicamente. Pensó: «Ahora sólo falta el remache. Unas pocas palabras, de rigor en estos casos, que le voy a inculcar en la memoria, para que pierda las ganas de jorobar la paciencia, y lo largo de una vez». Lo malo era que por más que deseara verse libre de su acompañante, no debía dejarlo hasta que estuvieran bien lejos de la casa de la chica. «Si le da por volver, que tenga tiempo de pensarlo mejor». En cuanto a él mismo, se proponía llegar a toda velocidad, cuanto antes, no sabía adonde. El Parque Lezama le pareció demasiado cerca. Siguió camino y, al pasar frente a la plaza Colombia, pensó que para estar seguro tenía que llegar un poco más lejos. «En el puente de Pueyrredón, lo largo». Formuló esta declaración en el tono deliberadamente seguro de quien promete y quiere que le crean. Entrevió entonces una duda: ¿sería capaz de encontrar antes de llegar al puente las palabras de rigor que dejaran cerrado el asunto? Para reaccionar, porque perdía aplomo, dijo lo primero que se le ocurrió.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué no habla? ¿Sigue enojado? Le hago ver que la culpa es enteramente suya. No fui yo el que sacó la navaja.

El hombre no contestó. Seguía arrinconado, con la cara mojada por el sudor y amoratada, con los ojos entrecerrados y con ese olor desagradable, a perfume repugnante, mezclado con transpiración y aún quizá a esos efluvios que según cuentan provoca el miedo.

Morales se preguntó cómo actuar. Descartó los golpes, porque hubo demasiados. «Paro en el primer almacén y lo obligo a que se tome una caña». El individuo daba lástima, pero recapacitó: «No puedo bajar la guardia: está de por medio la chica. Obligarlo a beber hasta que se emborrache sería una manera de trabarle su vuelta al centro, pero después de lo que me pasó, yo no puedo emborrachar a nadie, por malandra que sea». Nuevamente habló sin idea clara de lo que iba a decir:

—Cuando me enojo, tengo fuerza. Mire si usted lo sabrá. Por su bien, no se cruce conmigo. Y, desde luego, más vale que nadie lo vea por Viamonte y 25 de Mayo.

Apartó la mano derecha del volante, empuñó el pescuezo del hombre, sacudió y gritó:

—¿Hasta cuándo no va a abrir esa boca? ¿O está queriendo decirme que oyó mis condiciones y las acepta?

—Correcto.

Habían llegado a la rampa del puente de Pueyrredón. Morales ordenó:

—Acá se baja.

El hombre lo miró sorprendido y obedeció. Morales advirtió que no había dicho las palabras de rigor.

## VI

Trabajó bien, hasta muy tarde, y casi olvidó que esa noche los amigos iban a reunirse en un asado que daba en su imprenta, de la calle Lautaro, don Venancio Carrizales, para festejar su cumpleaños y el de su mellizo, don Lino, decano de los taxistas del barrio. Aunque de muy niños los habían traído al país, los Carrizales mantenían un dejo de acento español.

Cuando llegó a la imprenta, Morales sólo encontró a uno de los mellizos. Debía de ser don Venancio, porque estaba cuidando el asado. Era un hombre corpulento, de sesenta años por lo menos, cuya cabeza recordaba un zapallo vacío en el que se hubiera recortado agujeros en el lugar de los ojos, la nariz y la boca. Tenía labios anchos y papada. Hablaba como quien come manises y de vez en cuando se llevaba una mano a la boca para sacar una cascarita o para impedir que un maní se le escape. Esa noche Morales lo encontró comiendo manises. La verdad es que los mellizos siempre comían manises.

Fueron llegando los comensales: don Lino, idéntico a su hermano; Leiva, ex compañero de escuela de Morales, amigo de siempre que vivía en el centro, con su mujer, Beatriz, y que era telefonista, o telefónico, para decirlo como él... Waltrosse, un joven de nariz aguileña, con grandes anteojos de bordes oscuros, que trabajaba en la gomería de la vuelta, y el primo de Leiva, que era visitador médico. A Leandro Pérez, que manejaba el taxi de su padre, lo esperaron hasta las diez, pero no apareció. Comieron empanadas, el asado (sobre cuya cocción don Venancio disertó largamente, como verdadero especialista), que resultó un poco duro, y bebieron más de una jarra de clericó, con clavo de olor. De postre hubo pastelitos con dulce de membrillo, preparados por la señora Belinda.

Se habló del trabajo de cada uno y los maravilló la casualidad de que entre los cinco amigos allí reunidos, tres (cuatro con Pérez) tuvieran un oficio que los obligaba a viajar por Buenos Aires, un visitador médico y los demás, taxistas. Don Lino observó que no se podían comparar esos trabajos, porque el visitador médico circulaba en esferas superiores, vinculadas con la ciencia y la salud. Modestamente el primo de Leiva observó:

—Ustedes andan por las calles. Hagan de cuenta que andan por la vida. Nosotros, los visitantes, vamos de sala de espera en sala de espera. Siempre entre enfermos, siempre esperando. Menos mal que a veces llevo una novelita, para distraerme. Cuando por fin se acaba la espera, nos toca hacer el papel de postulantes. Apostaría que después de cualquier día de trabajo, ustedes vuelven con algo que contar.

—En lo que a mí respecta —dijo don Lino—, puedo asegurarles que hoy no me pasó nada que merezca ser contado. ¿A vos, Ángel?

—No sé —contestó Morales.

—¿Cómo no sé? —preguntó el anteojudo Waltrosse—. ¿Perdiste la memoria o estás queriendo decir que te pasó algo interesante?

Porque no quería mentir, ni quería contar el incidente con el rufián, Morales contestó de ese modo; pero sin proponérselo, despertó curiosidad y muy pronto se vio obligado a contarlo.

Después, Leiva y el anteojudo pidieron detalles. Como los mellizos callaban, les preguntó Morales:

—¿Ustedes piensan que obré mal?

—En absoluto —contestó don Lino—. Mientras contabas el incidente, yo sentía ganas de patear a ese individuo. Ojalá tuviera en mi historial una proeza como la tuya. Nunca me aburriría de contarla.

Morales dijo:

—Me saca un peso de encima. No siempre uno sabe si actuó bien.

—O si se le fue la mano —dijo Leiva.

—O si se quedó corto —dijo el anteojudo.

—Le soy franco, don Lino —aseguró Morales—. Por momentos, le veo la cara de estar pensando: «Esto no me convence».

—De que dijiste la verdad, no dudo, sólo que...

—¿Sólo qué?

—No sé cómo decirlo. Me cuesta imaginarte en ese papel.

—¿El de repartir puñetazos?

—El de repartir puñetazos, pero sobre todo el de hablar como hablaste a esos dos, al rufián y a la chiquilina.

—¿Les hablé mal? —preguntó Morales.

—¡Qué va! Como un juez.

—Más bien, como un justiciero —dijo don Venancio.

Nadie pensó que en la observación de don Venancio hubiera una censura. Nadie, salvo don Lino, que replicó:

—Y tú, hermano, me dirás qué hay de malo en que nuestro amigo trabaje de justiciero.

—Yo no voy a corregir la conducta de nadie —dijo don Venancio— y lamentaría que este muchacho, por cada injusticia que descubra, propine una tunda. Lamentaría que se convierta en bravucón. Peor: en majadero.

—Si fuera por vos, no existirían héroes —dijo don Lino—. La historia sería muy distinta.

—Mejor, seguramente.

—Ha de ser peligroso tener de patrono a un ex campeón de boxeo —reflexionó Waltrosse.

—Que yo sepa, no tengo patrono —se defendió Morales.

—¿Te pusieron o no tu nombre por Firpo? Aunque no lo quieras, tu modelo obligado es un boxeador que de una trompada sacó a otro por arriba de las cuerdas. Pregúntale a cualquier psicólogo.

—Si escuchamos a éste —dijo don Venancio— tendremos que llamar a un exorcista para que saque del cuerpo de Morales el alma de Firpo.

—Yo, por mi parte —dijo don Lino—, felicito a nuestro Luis Ángel por su actuación.

—¿Por un hecho que a usted mismo le sorprende poco? —preguntó el anteojudo Waltrosse—.

Si se oponen, propongo una simple prueba. Para despejar el panorama, ¿me entienden?

—¿Ordalías? —preguntó don Venancio—. No saldremos nunca de la Edad Media.

—Una pulseada —explicó el anteojudo—. No conmigo, porque soplando me vence. Con el amigo Leiva, que es lo que se llama un hombre común. Ni mucho ni poco. No sé si me explico.

—Si es con Luis Ángel, no quiero —previno Leiva.

—Si no quiere, nadie lo va a obligar —dijo don Venancio.

—¿Quién habla de obligar? —preguntó don Lino—. Con los años te has puesto pedante. Cosa más apropiada para jóvenes.

—Por mí, pulseamos —dijo Morales—. Siempre que Leiva esté de acuerdo.

—Si es para ponerte a prueba, no acepto.

—A mí no me importa nada —dijo Morales.

Empezaron, Como reían, perdían fuerza. Por último se sobrepusieron y pulsearon. Ganó Leiva.

—Lo siento —dijo el anteojudo—. Ahora el cuento de Morales queda sobre el tapete.

—¿Qué cuento? ¿Qué tapete? —preguntó don Lino.

—El de la duda.

—Para mí, no —replicó don Lino—. Para mí, lo que dijo Morales es verdad.

—¿Y para vos, Leiva?

—Yo sé que Morales no miente.

## VII

El sueño le pesaba como una enorme piedra que llevara auestas. Cuando por fin, medio dormido, se echó en la cama, sin poder evitarlo pensó en Valentina, en los pocos años que vivieron juntos. La había encontrado en el cine Fénix de Flores. En el café Platense desde esa tarde y a lo largo de muchas otras, trató de convencerla. Ella debía de saber que era el amor de su vida, porque al fin cedió. La llevó a su casa: vivía entonces en la calle Neuquén, no lejos de la plaza Irlanda. Recordaba momentos felices. En ese punto no pudo menos que recapacitar: de los malos, justificadamente se acordaría Valentina. Por aquella época él bebía. Había empezado por culpa de los resfríos; en la esperanza de que un trago de caña calentara por dentro ese cuerpo suyo tan propenso al enfriamiento y a la gripe... Después del trabajo, cuando dejaba el coche en el garaje, solía pasar por el café y bar Espinosa. Le quedaban recuerdos, iluminados por los de Valentina, de situaciones realmente desagradables que entonces ocurrían. Valentina más de una vez le advirtió que no sabía hasta cuándo aguantaría ese trabajo de enfermera para el que la había conchabado. Él le aseguraba siempre que dejaría de beber; ella, que una noche no la encontraría. (Algo, de tan horrible, impensable). «Si me voy», le había dicho Valentina, «te va a costar encontrarme; pero si seguís bebiendo, más vale que no me encuentres». Una noche, casi borracho, tuvo el presentimiento y después, penosamente despejado, la confirmación de que Valentina se había ido. «Desde entonces me sobró el tiempo», reflexionó con irónica amargura. «Primero bebí más, para aguantar el dolor, y después dejé de beber, para merecerla».

## VIII

Al otro día, mientras avanzaba con el taxi por Entre Ríos, en busca de pasajeros, le vino a la memoria su derrota en la pulseada. No le había dado importancia cuando ocurrió, pero ahora la recordaba con cierta contrariedad. Tal vez los amigos, tarde o temprano, se preguntaran si no era mentiroso.

No recordaba quién le dijo una vez que si pensaba «no voy a poder», no podía. El desagradable recuerdo de esa derrota ¿no le haría perder la fe, si por desgracia tenía otra agarrada? Deducciones, que reputó lógicas y que después olvidó, lo llevaron a la conclusión de que por falta de fe en sí mismo había perdido a Valentina. En ese momento en la esquina de Rondeau divisó algo que se movía como una diminuta señal de trenes y que resultó ser una señora flaca, vieja, con sombrero y paraguas, que lo llamaba. Encendió los faros, para avisar que la había visto, aceleró y arrimó el coche a la vereda. Para la pobre mujer la subida al taxi fue una tarea complicada. Morales dijo:

—Perdone que no la ayudé a subir.

—Todavía me arreglo sola.

—Es claro. Pero yo me porté como un guaso.

—Estarías distraído, mi hijito. La mejor gente es distraída.

La señora se puso a conversar con una agilidad que por comparación con las vacilaciones y torpezas anteriores, lo sorprendió. Como admiraba a la gente habladora, pronto se sintió a gusto. La señora le preguntó si los días eran muy largos para el taxista, si el trabajo en verano resultaba más cansador que en invierno, si los pasajeros le hacían confianzas. Cuando estaban por llegar, las preguntas fueron más personales.

—¿Sos casado, mi hijito?

—Soltero, señora.

—Es una picardía que un muchacho como vos no se case.

—Por ahora no encontré novia.

—Es cuestión de buscarla. En alguna parte de esta ciudad seguro que hay una chica buena que te espera.

Esa frase, una simple amabilidad, sin duda, lo convenció en el acto de que a la señora no se le escapaba nada. Sintió por ella simpatía, casi afecto, y cuando llegaron al fin del viaje quiso estacionar el coche correctamente, junto a la vereda, para que su pasajera bajara «como una reina». Sacó la mano y la agitó pausadamente. Como respuesta obtuvo un bocinazo. Persistió en la maniobra, agitando con firmeza la mano. Se redoblaron los bocinazos. Los propinaba, según pudo ver Morales por el espejito, el conductor de un altísimo colectivo, que lo seguía de cerca. Dijo la señora:

—Bajo acá. No hagas caso de ese energúmeno.

Pagó el viaje, abrió la puerta, empezó a bajar. Recurría, no hay duda, a su mejor voluntad, para salir de una vez, pero se tomó un rato. Los bocinazos del colectivero persistían. Por ademanes,



Morales señaló a la señora, pensando que tal vez el hombre no la hubiera visto. Echar una mirada al espejito, advertir el imponente avance del gigantesco vehículo y saltar en el asiento a impulso de un topetazo en el paragolpes del taxi, fue todo uno. Morales atinó a ver cómo la señora trastabillaba. El colectivero dio un segundo topetazo. La señora volvió a trastabillar, pero evitó la caída. Morales bajó, para auxiliarla, y el colectivero, con una barra de hierro, bajó para enfrentarlo. Apenas tuvo tiempo de hacerse a un lado, asir con la mano izquierda la barra y quitársela al agresor. Mientras éste lo miraba sin entender, Morales retorció el hierro entre sus manos. Prontamente el colectivero se metió y se encerró en su vehículo. Morales le gritó:

—Quieto ahí.

Se disculpó ante la señora y le preguntó si estaba bien. Con una mirada, comprobó que tampoco el taxi había sufrido perjuicios. Le gritó al hombre:

—Andando.

—¿Cómo lo hiciste, mi hijito? —preguntó la señora—. Me gustaría llevarme ese fierro, de recuerdo.

Al recibirlo en las manos, la señora casi cae para adelante.

—Pesa demasiado —dijo Morales—, como si fuera de plomo.

—Pero no es de plomo. Por eso no lo suelto.

Cuando yo cuente lo que hiciste, si alguien cree que el caño era de plomo, lo llevo a casa y se lo muestro para que vea que no es de plomo, sino de fierro.

## IX

Dejó el Rambler en el garaje y ya se iba para su casa, cuando lo chistó el encargado, que le dijo:

—Te llamó un profesor no sé cuántos. Quiere que lo llames. Te dejó el número. Esperá un momento que encuentre el papelito.

Era el número de teléfono del viejo y del ayudante que llevó del Hospital Penna hasta Callao y Corrientes. Mientras llamaba, pensó: «Mejor que no quieran darme otro vaso del tónico. Si me acuerdo de ellos, me vuelve la molestia en los ojos». Atendió el ayudante Apes.

—El profesor quiere que vea a un oculista.

—La molestia se me está pasando —aseguró.

—Es natural. Acostumbramiento.

—Haga de cuenta que ha pasado.

—No es por eso que el profesor quiere mandarlo al oculista. Quiere que le receten anteojos, para que no tenga un accidente.

—No voy a tenerlo.

—Hágame caso. El profesor quiere que no le den anteojos demasiado fuertes, que a la larga le perjudiquen la poca vista que tiene. Le pide que vaya a ver a su propio oculista. Ya le habló, así que la visita le sale gratis.

Del otro lado del papelito apuntó el nombre y la dirección del oculista. No tenía intención de visitarlo.

En el trayecto a su casa pensó: «A mí no me maneja nadie. Hay personas así. Cuando uno las trata con el debido respeto, creen que pueden llevarlo a uno de las narices. No niego que estoy viendo menos, pero...». Interrumpió estas reflexiones, porque de pronto se preguntó: «¿Cómo lo saben? ¿Quién pudo decirles? Yo iba sin pasajeros cuando tomé Rivadavia y no vi ese auto que por poco me atropella». Después le vino a la memoria un hecho casi igual, que le pasó al tomar Pavón, dos días antes. «Cuando salí de Chiclana. ¡Qué casualidad! Fue el viaje en que iban ellos, el profesor y el ayudante. ¿Por eso piensan que necesito anteojos? A los que ven mejor, todos los días les pasan cosas por el estilo. Son descuidos del momento».

De nuevo interrumpió sus reflexiones. Le llamó la atención la luz en uno de los dos balconcitos de la planta baja de su casa. El de la pieza de Avendaño y su mujer doña Eladia. No fue, precisamente, la circunstancia de que estuviera iluminado el cuarto lo que llamó su atención. Fue más bien el cruce de figuras fugaces, por ese rectángulo de luz, como si dentro hubiera una reunión o una fiesta. En seguida vio algo más extraño aún. Doña Eladia se asomó al balcón y pareció disponerse —lo que en una señora tan digna y aplomada como ella resultaba sorprendente— a revolear una pierna para pasar por encima de la baranda y bajar a la calle. Ese increíble propósito debió de ser desechado, porque de pronto doña Eladia desapareció como absorbida desde adentro.

Antes de arrimarse al balcón, Morales supo lo que pasaba. Allá no había mucha gente en una

fiesta sino dos personas, una perseguida y un perseguidor, doña Eladia, con el batón rosado, con borlas, y su marido, el Palurdo Avendaño, en mangas de camiseta, que la corría y cuando la alcanzaba, la golpeaba. Trepó el balcón Morales, pasó encima de la baranda y ya en el cuarto se sumó a la persecución. Por último alcanzó al hombre. Hubo un cambio de golpes, que se perdieron en el aire. Avendaño le dirigió un derechazo. Morales le esquivó, sujetó entre sus manos el corpachón del Palurdo y lo tiró a la calle, como si fuera un fardo, por encima de la baranda del balcón.

Desde el fondo del cuarto lo miraba doña Eladia. Era una de esas mujeres a quienes el pelo revuelto y la ropa en desorden no les quita belleza. Caminó hacia él y exclamó:

—Ay, pobrecito.

Morales pensó: «Qué bueno que una persona como doña Eladia me diga pobrecito». La señora insistió:

—Pobrecito. ¿No se habrá roto algo?

—¿Quién? ¿Yo?

—Avendaño, el pobre Avendaño.

—Si fuera por él, la mata.

—Es de mala bebida, pero me quiere con locura. ¿No se habrá roto algo?

—Señora, estamos en planta baja. Haga de cuenta que su marido tropezó y cayó.

—Voló por el aire.

—A poca altura.

—Tírale esto —dijo doña Eladia y le dio un saco de Avendaño—. No quiero que tome frío.

El Palurdo, que seguía en el suelo, debió de estar bastante asustado, porque levantó la mano, como para protegerse de un golpe. El saco le cayó encima.

Antes de volverse, Morales pensó: «Le estaba rompiendo el alma y ahora se pone de su lado. Hay que embromarse: el comedido siempre sale mal». Como si adivinara su pensamiento, doña Eladia le dijo:

—Soy una ingrata. Me salvaste de una paliza y ni te doy las gracias.

—Tuve miedo que la matara.

—Cuando bebe, lo desconozco. —Miró a Morales, recapacitó y dijo—: Te jugaste por mí.

—Cualquiera lo hubiera hecho.

—¿Con lo que pesa mi marido? No hay otro capaz de tirarlo por el aire. Ahora sé quién es el hombre más fuerte del mundo.

Estas palabras dieron a Morales una verdadera satisfacción.

—Tengo fuerza cuando me enoja —explicó, tratando de ser modesto y veraz—. Si no, me gana cualquiera. Anoche pulseamos con Leiva y me ganó.

—Hay generosidad en tu alma —observó la señora—. Sos bueno. Acércate. Estoy muy agradecida.

Lo estrechó entre los brazos, lo apretó contra su cuerpo. Después lo apartó un poco, para besarle en la frente.

Al salir del cuarto, poco faltó para que Morales se llevara por delante a Belinda Carrillo y a Roberta Valdez, que estaban junto a la puerta. La Carrillo le preguntó:

—¿Se la diste?

—Intervine porque me pareció que la iba a matar.

—No hablo de Avendaño. Ya vi cómo lo tiraste por la ventana.

—¿Entonces?

—Entonces no te hagas el que no entendés. ¿Se la diste o no se la diste?

Después de un instante contestó:

—Cómo se le ocurre.

—Luis Ángel no es de los que sacan ventaja —dijo Roberta y se acomodó los anteojos.

—Yo que él me daba el gusto —reflexionó en voz alta Belinda—. Un condenado a muerte pide lo que quiera. Ese tipo, Avendaño, no perdona.

## XI

El sábado no pasó nada que valga la pena contar. A las siete de la tarde dio por terminado el día, porque había trabajado bien. En Riobamba y Sarmiento lo paró una señora. Morales le previno:

—Voy a guardar.

—Yo voy a Florencio Balcarce, frente al Parque Rivadavia.

Pensó: «Por Rivadavia derecho». No lo sacaba de su camino, así que la llevó. Era una mujer morena, flaca, de ojos brillosos, no muy joven. Después de un rato, la pasajera le preguntó:

—¿Usted siente la primavera?

Pensó: «¿De qué me voy a asombrar? Por el taxi pasa un muestrario...». Contestó:

—Sí. Tal vez. No sé.

—¿La siente o no la siente? —insistió la mujer—. Me interesa, porque estoy haciendo una encuesta. Por pura curiosidad, ¿sabe? La mayor parte de los chicos siente la primavera. Los viejos, no. Los de la franja intermedia contestan como usted. Pero usted es demasiado joven para no sentir.

—¿Y usted, señorita?

—Yo la siento, aunque soy más vieja. Hay que ver cómo la siento.

—¿Cómo?

—En el aire. Es más intenso —la mujer abrió las ventanillas de las dos puertas y respiró aparatosamente—. La primavera es una presencia innegable. Abro los brazos para recibirla. Entra en mí una fuerza: la vida misma. No me diga que no la siente.

—No sé.

—¿Cómo no sé? Las hojas de los árboles y el pasto se ponen más verdes, porque todo despierta y usted no participa. Es como una música, un concierto, un himno de la naturaleza. ¿No siente nada?

Sintió la corriente de aire. En la piel, aun debajo de la ropa. «Con tal que no me agarre un dolor de garganta», se dijo. A lo largo de los años mantenía contra el dolor de garganta una lucha rica en vicisitudes, a las que en el momento daba importancia, después olvidaba y eran parte de su vida interior.

Cuando la señora bajó, estuvo a punto de pedirle que subiera los vidrios. No lo hizo por temor de que el pedido pareciera un reproche. Siguió con las ventanas abiertas. «Total», se dijo, «el garaje no está lejos». Un minuto después agregó: «Soy un idiota».

Dejó el coche y, en lugar de ir un rato al café Espinosa, como de costumbre, se largó a la carpintería del Gordo Landeira, para ver si tenía éste la dirección de Valentina. «El mismo que una vez nos apartó, a lo mejor ahora nos junta».

Imaginó una situación inverosímil. Que Landeira lo recibiera mal, que discutieran un rato, que se fueran a las manos y que tratara de ponerlo de rodillas, como la otra vez. Buena sorpresa iba a llevarse cuando lo tirara por el aire. Se preguntó si detrás de esta idea no había un oculto deseo de



venganza.

La carpintería estaba en la calle Santander. Landeira parecía contento de verlo. Era un hombre más bien flaco, alto, pálido, de piel clara, que transparentaba venas azules. Antes de pronunciar la primera palabra y después la última de una frase, vacilaba en tono lastimero. Morales se dijo: «Le patina el embriague», y también: «En lo que fue a parar el Gordo Landeira. Usted deja de ver a un tipo y a la vuelta de pocos años es otro. Ni sombra de lo que fue». Tras un saludo amistoso, quedaron mirándose por un rato, sin saber qué decir. Por último preguntó Morales:

—¿Te acordás de Valentina?

—Claro que me acuerdo.

—Ando con ganas de verla.

Pareció que Landeira balaba, pero finalmente dijo:

—Eso está bien.

—Pero no sé dónde vive.

—Yo hace años que le perdí el rastro. A lo mejor, la otra amiguita que tuvimos...

—¿Ercilia?

—Ercilia. Una buena persona.

—Muy buena persona.

—A lo mejor ella tiene la dirección. Creo que se veían.

—¿Cómo doy con Ercilia?

—Momentito. Yo apunté en alguna parte la dirección.

La encontró. Ercilia vivía en la calle Alsina, en Avellaneda.

—Cerca de la cancha de Racing —dijo Morales.

—Momentito. De Independiente, me parece.

—Si está cerca de una, no está lejos de la otra.

—El que sabe... sabe —dijo Landeira.

Antes de irse, Morales no pudo menos que preguntarle:

—¿Siempre tenés tanta fuerza?

—¿Tanta fuerza? ¿Por qué?

—¿Cómo? ¿Te olvidaste que en el Parque Chacabuco me pusiste de rodillas?

—Claro, porque te empujé las manos para atrás. Mi especialidad. Nadie me gana.

Morales se dijo: «Pobre Gordo», y se avergonzó de lo que estaba pensando. El Gordo hablaba ahora en tono de ruego:

—Abrí las manos así.

Obedeció. Riendo bondadosamente, Landeira le metió los dedos entre los suyos, le torció las manos para atrás, lo obligó a arrodillarse. Inmediatamente le pidió disculpas y le dijo:

—Perdoná. Cualquiera que lo tome a uno así, de las manos, lo hace arrodillar...

Morales pensó que la explicación era innecesaria.

## XII

Frente a la casa de Ercilia no había lugar, de modo que debió dejar el coche en la otra cuadra. Un grupo de chiquilines jugaba al fútbol en medio de la calle. Desde Racing llegaba el clamor de los espectadores del partido contra Huracán. Antes de alejarse, miró a su Rambler y mentalmente le dijo: «Cuidate». No sólo peligraba por los pelotazos del fútbol callejero; en aquella época no era raro que a la salida de un partido los aficionados destrozaran lo que encontraban a su paso. Como tantas veces antes de empezar una visita, se dijo: «Va a ser corta». En Racing ya debían de estar jugando el segundo tiempo.

Le recibió una mujer de pelo gris, de vestido negro, en chancletas. La reconoció, aunque no quedaba mucho de la chica de antes. Ella también lo reconoció.

—¡Qué sorpresa! —dijo Ercilia—. Entrá y sentate. Ahora nomás empieza una serie que no queremos perder.

Una señora, que estaba sentada frente al televisor, detenidamente observó a Morales. Sin contestarle el saludo se volvió hacia la pantalla y preguntó:

—¿Se puede saber qué tienen? ¿La emoción los pone así?

—¿Por qué? —preguntó Ercilia. De pronto exclamó—: ¡Qué distracción! No cerramos la puerta.

—Yo la cierro —dijo Morales.

—Con pasador —indicó la señora—. Si no se le dice, no se le ocurre.

—Amanda se preocupa porque va a terminar el partido —explicó Ercilia.

Aunque la salita estaba en la penumbra, Morales pudo notar que Amanda era, de las dos, la más joven y la más fea.

Empezó la serie. Una hermosa muchacha solía encontrarse en situaciones delicadas, entre forajidos dispuestos a matar a un anciano o a un niño y a torturarla y a matarla, si pretendía defender a las víctimas. Cuando toda esperanza parecía perdida, la muchacha entraba en un trance que le infundía fuerza milagrosa, ponía a salvo al anciano o al niño y fuera de combate a los malos. Concluido el episodio, prendieron la luz y Ercilia le preguntó:

—¿Te gustó?

—Sí —dijo Morales—. Entretiene.

—Lo que se traduce por «es una pavada». La típica reacción de un hombre —observó Amanda—. Una pavada porque el personaje central es mujer. Los puñetazos y el coraje son derechos exclusivos del hombre.

—De ninguna manera, señora. No se me cruza por la mente.

—No le discuto. Hay sentimientos que más vale no examinar. Si no es así ¿por qué no le gustó?

—Me gustó, señora o señorita. Le digo más: con un héroe en lugar de la heroína, no me hubiera interesado tanto.

—¿Por qué?

—No sé. La historia me hubiera tenido menos agarrado y entonces, le digo la verdad, todo me hubiera parecido indiferente.

—Apostaría que el pobre no vino a ver televisión.

—Evidente —dijo Amanda.

—Lo obligamos a ver la serie y encima lo peleamos porque no le gusta como a nosotras.

Amanda frunció los labios y declaró:

—Nadie le prohíbe decir para qué vino.

—Vine a preguntar si tienen la dirección de una chica, amiga mía, que se llama Valentina.

—¿Valentina? —preguntó Amanda—. ¿Por qué no lo dijo antes?

—Porque me hablaron de la serie.

—Ercilia, que la sabe, le va a dar la dirección.

—De memoria no la sé —dijo Ercilia.

—A mí no me vas a engañar —comentó sonriente Amanda—. Te quedaste de una pieza porque no vino por vos.

—Me quedé pensando dónde apunté la dirección.

—¡Claro, la casa es tan grande! ¡Hay tantos lugares para que esté! —comentó irónicamente Amanda.

—Vuelvo en seguida —dijo Ercilia.

La espera se hizo larga.

—Perdone si estuve antipática —dijo Amanda—. Como existen fanáticos de un cuadro de fútbol, nosotras somos de esta serie. Nos gusta con locura.

—Están en su derecho.

—Exageramos un poco. Nos enoja que alguien no la aprecie como es debido.

—Pero a mí...

—No se defienda. Le estoy pidiendo que me disculpe.

Volvió Ercilia. Traía una tira de papel de diario donde había escrito con lápiz la dirección.

Dijo:

—Vive en Temperley.

—Me largo ahora —dijo Morales—. No quiero llegar demasiado tarde.

Ercilia lo miraba en silencio. «De una pieza, con los ojos brillosos», pensó Morales. Amanda lo acompañó hasta la puerta y comentó:

—Vive allá con ese padre tan raro que tiene.

El padre, don Pedro, mejor dicho el señor, como él lo llamaba, era el primer diarero que conoció. A ciertas horas vendía los diarios por las calles y a otras en un minúsculo negocio que había instalado en el vestíbulo de la casa de la calle Hortiguera. Era muy bueno y lo trataba como a un hijo. Quizá, cuando lo conoció, por la cara y por la voz le habrá parecido un poco estafalario, pero después olvidó todo eso, ya no lo notaba, porque se estaba a gusto con él y porque era padre de Valentina. En el barrio lo llamaban el Sin Nariz.

—En seguida estás en Temperley —aseguró Ercilia—, pero mejor que no pierdas tiempo. Valentina ha de acostarse temprano, porque madruga para ir al trabajo.

Apurado, saludó y se fue.

«Se diría que todo sigue igual», pensó. «En la otra cuadra todavía los chicos juegan al fútbol. Qué raro, de lejos parecen más grandes». No bien formuló la observación, comprendió: los que jugaban, o corrían, allá adelante, no eran chicos. Eran hombres, cuatro o cinco hombres y un chico. No jugaban al fútbol. Ahora zamarreaban al Rambler, como si quisieran volcarlo. Mientras corría se dijo: «Calma. Nada de peleas», y también: «El que me pareció un chico es un enano. Un enano y cuatro muchachones».

Los muchachones se apartaron para que pasara. Solamente el enano molestaba un poco: hacía reverencias y se le cruzaba en el camino. Los otros miraban con aire inocente y alguno se volvía para otro lado, para soltar la risa. Examinó el Rambler: era increíble, estaba como lo dejó. Abrió la puerta para entrar. Un muchacho le tocó el hombro; mientras tanto, el enano metió una mano y, desde dentro, abrió la puerta de atrás. Morales se volvió. El muchacho que lo había tocado retrocedió un paso y explicó:

—Quería preguntarle si estaba libre.

Mientras tanto el enano entró en el taxi por una puerta y salió por la otra; giró sobre sí mismo, volvió a entrar y a salir. Tropezó entonces con Morales, le hizo una reverencia y canturreó:

Forastero,  
Terutero.

Un muchacho le señaló al que lo había tocado y dijo:

—Es muy respetuoso. No va a subir al auto, si no le da permiso.

—Yo sí —dijo el enano.

Entró por una puerta, salió por la otra y en seguida repitió el recorrido en sentido contrario. A modo de explicación, canturreó:

Forastero,  
Terutero.

Morales lo tomó de un brazo y, apartándolo, dijo:

—No embromés. Tengo que irme.

—Debiera darte vergüenza. Molestar al señor —dijo el que le había tocado el hombro.

Sin mostrar apuro Morales se acomodó frente al volante y cerró la puerta. Los muchachos lo miraban, inmóviles, como si esperaran algo. En la ventana de una casa de ahí nomás creyó ver a alguien que espiaba, semioculto por la cortina. Un instante después la ventana quedó a oscuras. «Qué prudente», se dijo Morales. «Si le pido socorro, estoy aviado». Giró la llave, puso primera, arrancó entre las carcajadas de los muchachos. En el acto advirtió que tenía una goma pinchada. «Qué lástima no haberme quedado con el fierro del colectivero», pensó. «Bastaría mostrarlo para evitar una pelea». Cuando bajó del coche, el enano se le plantó enfrente. Ya no tenía su aire burlesco. «A lo mejor es el jefe de la patota», se dijo Morales. La tarea de alejar a los muchachos le llevó un rato. Después hubo que sacar la rueda y poner la de auxilio. Estaba bastante cansado,

sudado y sucio, con un desgarrón en la camisa. «Hecho un desharrapado no me voy a presentar en Temperley. Además, no son horas». No bien puso en marcha el automóvil, oyó sirenas, quizá de ambulancias; por si fueran de un patrullero, aceleró y velozmente se dirigió a la avenida Pavón; allá, en lugar de doblar a la derecha, para volver a casa, dobló a la izquierda, rumbo a Temperley. Quinientos metros habría andado cuando exclamó:

—Hijos de mil...

De nuevo estaba en llanta, pero ahora, para peor, sin repuesto. Por suerte encontró en la otra cuadra una gomería.

—Pinché —dijo.

—Cerramos —le contestaron.

Protestó:

—No van a dejar así a un trabajador como ustedes.

—Para todo el mundo es tarde.

Se avinieron por fin a venderle dos cubiertas. Como no le alcanzaba el dinero, compró dos cámaras. Puso una, la infló con el extinguidor de incendio, y guardó la otra en el baúl.

Miró el reloj. Tristemente se dijo: «Ahora sí que es tarde». Como no había vigilantes a la vista, en la primera esquina dio media vuelta y retomó la avenida rumbo al puente Victorino de la Plaza.

## XIII

En el garaje, cuando bajó del coche, le preguntaron:

—¿Qué te pasó? ¿Tuviste una guerra con marcianos?

—Peor. Dos pinchaduras.

Fue por un rato al Espinosa, para olvidar los nervios y el disgusto que le dejó la provocación de los muchachos. En la mesa habitual estaban Leiva y Waltrosse. Hablaban y, de vez en cuando, miraban la televisión, que a esa hora pasaba un largo informativo.

—¿Cómo anda el superhombre de Yermal al 1300? —le preguntó Waltrosse, que tenía fama de ocurrente.

Hablaban de carreras. De si el domingo *Vadarquehablar* ganaba en la quinta o si más valía apostar a *Malentendido*. En algún momento, Morales reflexionó que para distenderse nada era mejor que estas conversaciones de café. Se decía «estoy como badana» cuando algo que oyó lo hizo mirar el televisor. Un periodista preguntaba a una señora:

—¿Usted vive enfrente del lugar del hecho?

—Exactamente.

—¿Por qué llamó?

—Y, mire, al ver que era la barra del enano temí, le juro, que lo mataran.

—¿Y llamó por teléfono al Comando Eléctrico?

—Llamé. En mi lugar usted hace lo mismo.

—¿Para evitar una masacre?

—Exactamente.

—¿Causaron daños en el taxi?

—Lo hamacaron, como si quisieran volcarlo.

—Y al taxista ¿lo golpearon mucho?

—Qué va. No les dio tiempo. No sabe el desparramo que hizo. Haga de cuenta que tiraba muñecos al aire.

—¿Los muñecos vendrían a ser, fundamentalmente, los integrantes de la barra?

—Exacto. Para mí que ese hombre se puso un puño de fierro. Y yo que llamé para que lo salvaran. No lo daba por muerto, pero sí como una pobre víctima.

—¿Y el enano?

—Por la manera de berrear era igualito a un chancho que benefician.

Cuando en la pantalla apareció una señora que explicaba recetas de cocina, los muchachos no siguieron mirando.

—Encontraste un competidor —comentó Waltrosse.

—Voy a necesitar cubiertas —contestó Morales—. Si me hacen buen precio, les compro a ustedes. Caso contrario, voy al Pacífico.

Notó que Leiva murmuraba algo. Por lo bajo le preguntaba:

—¿Qué hacías en Avellaneda?

—Hablamos después —contestó, y levantó la voz para anunciar a Waltrosse—: Mañana, a primera hora, me tienen en la gomería. Soy comprador de hasta dos cubiertas. A ver si se ponen en precio.

—Andá tranquilo —dijo Waltrosse.

Entró el loco Cipriano, un viejo acabado por la bebida, que en pleno invierno dormía a cielo abierto en el Parque Chacabuco.

—¿Cómo te va, loco? —gritó Waltrosse—. ¿Cuidando siempre el detalle?

El patrón previno a Morales:

—No te metas con él. Está probado que el hombre loco es muy fuerte.

«¿Por qué me lo dice a mí?», se preguntó Morales. «En el barrio ¿tendré fama de peleador?». Pensó también: «Yo siempre digo que soy muy fuerte cuando me enoja. El enojo se parece a la locura». Se levantó y dijo:

—Bueno, señores, me voy.

—Vamos juntos —dijo Leiva.

—Hasta mañana, muchachos —dijo Waltrosse—. Y que no me entere, Morales, que pediste precio a otra gomería.

Mientras caminaban hacia Yermal, dijo Leiva:

—No me has contestado.

—No sé a qué viene la pregunta.

—¿Estás ganando tiempo? A mí no me vas a mentir. El taxista eras vos.

—Me vi obligado.

—Y pusiste fuera de combate a media docena de tipos.

—Solamente a cuatro.

—A cuatro y un enano.

—Ni toqué al enano.

—Pero a los demás les diste una buena paliza. ¿O no?

—En peleas individuales. Hice de cuenta que peleaba con uno solo. Daba una trompada y me las agarraba con otro.

—¿Bastaba una trompada para dejarlos fuera de combate? ¡Qué barra brava! Mejor dicho: ¡qué trompada!

—Te lo expliqué mil veces. Cuando me enoja tengo fuerza. Como el loco Cipriano. Lo que me enojó fue que zamarrearon el Rambler.

—Voy a investigar.

—No entiendo...

—¿Cómo no entiendo? Voy a investigar a esos pasajeros que te dieron el tónico. Un tónico de lujo. A mí me vendría muy bien. ¿Cómo dijiste que se llamaban?

—El profesor Nemo y su ayudante Apes.

—Sospechoso. Bastante sospechoso.

—Porque no los conocés. Gente correcta. Sobre todo, el profesor.

—Desconfío de los nombres. ¿Me dijiste que viven en Callao y Corrientes?

—En la torre que da a Corrientes. No me digas que hablás en serio.

—Quiero salir de dudas. Quiero que madure un poco lo que tengo acá —se tocó la cabeza—.

Después te explico todo. Porque lo más gracioso es que voy a investigar para ayudarte a vos. Quiero, eso sí, tener antes una conversación con el profesor y su ayudante. Siempre que no estés en contra.

—¿De qué?

—De que hable con ellos.

—Tanto me da. Yo, por mi parte, no les voy a preguntar nada. Lo que hagás es cosa tuya.

—Pero ¿no te importa darme la dirección? Aunque no larguen prenda, si les hablo voy a saber si ando bien encaminado.

—La dirección está en una libreta que tengo en el Rambler. Pasamos por el garaje y la copiás.

—No te preocupés. No los voy a someter a un interrogatorio policial.

—No me preocupo.

—Si piensan que desconfío, no se van a sorprender demasiado.

—Es gente seria.

—De algo estoy seguro: no te dijeron la verdad.



## XIV

Estaba lavando en una de las piletas que había en el fondo, frente a los baños. Se le acercó doña Eladia y comentó:

—Milagro. Lavando su ropa. Siempre la diste afuera.

—No alcanza la plata, doña Eladia.

—Hay más. El sábado saliste a trabajar. Son muchas cosas y una mujer se fija. Que no alcanza la plata, no te discuto, pero algo me dice que estás por darnos una linda sorpresa.

—Ideas tuyas, doña Eladia.

—Cualquiera diría que te avergüenza.

—No hay nada. Ojalá que hubiera.

En ese momento apareció el Palurdo Avendaño, que dijo a su mujer:

—Acá estoy para quedarme —lo miró a Morales y agregó con sorna—. Siempre que el mocito no se oponga.

Morales replicó:

—Diga, más bien, siempre que la señora no se oponga.

—Mirá, Morales, ya empiezo a cansarme de tus lecciones.

Por el tono en que habló el Palurdo parecía, en efecto, muy cansado. Pesadamente dio unos pasos hasta quedar frente a Morales. Con movimientos rápidos lo tomó de los codos, lo llevó hasta los baños, lo dejó caer en una de las letrinas. El golpe contra la loza le dolió en los huesos. También en la cabeza repercutió desagradablemente. Estaba un poco desconcertado, no atinó a incorporarse en el acto y desde su incómoda posición, vio cómo el Palurdo se acercó a doña Eladia. Ya se levantaba, para defenderla, pero una escena imprevista lo paralizó. El Palurdo besó respetuosamente a la mujer mientras le pasaba un brazo por la espalda, para tomarla de un hombro. Sin apuro se encaminó el matrimonio hasta el cuarto, con las cabezas juntas.

Le costó bastante levantarse de esa letrina en la que se diría que estaba incrustado. Tuvo por un rato amargura y desorientación, como si reviviera otros tiempos: los de aguantar injusticias y afrentas, por ser débil. Se dijo: «Tiempos que felizmente quedaron atrás».

«Soy un loco», se dijo. «Me he pasado una vida sin verla y porque voy en camino a su casa, me carcome la impaciencia, la extraño como nunca». En realidad siempre la había extrañado: cuando eran chicos y lo dejó por Landeira; años después, cuando vivieron juntos, y lo dejó porque él se emborrachaba.

«Por favor», se dijo, «que no haya cambiado como Ercilia. Un cambio como ése, en ella, no lo aguanto». Recapacitó: «Tiene que haber cambiado. La última vez que la vi era casi una chica; apostaría que no me llevo una desilusión. Pido solamente que sea una señora que uno puede mirar. Lo peor, con Ercilia, fue el primer momento. No podía mirarla. En parte por temor de que se notara... Después me acostumbré. Con Valentina, todo va a ser distinto. Hasta ganas de ver al padre tengo. También él va a darme una sorpresa. Ha de estar hecho un viejito. Una vez, no me acuerdo quién, me dijo: «Cuando uno quiere a una mujer, al poco tiempo quiere a toda la familia»». Ahora recordaba: «El que me dijo eso fue don Venancio. Tenía una mujer casada y al final hasta por el marido sentía afecto. No es el caso ahora. Sin embargo ¿por qué estoy tan seguro? ¿Qué sé yo de la vida de Valentina en estos años?».

Por fin llegó. La casa le gustó en seguida. Parecía uno de esos chalets antiguos, que hicieron los ingleses para los ferroviarios. De ladrillo aparente y techo de tejas. Recordó que el señor la había comprado haría cosa de treinta o cuarenta años, cuando ganó un premio en la lotería, que provocó bastantes comentarios. En efecto, don Pedro afirmó siempre que su billete era la mitad de un décimo, pero tal vez porque no se conoció nunca el nombre del poseedor de la otra mitad, no faltó quien sostuviera que don Pedro embolsó el premio entero. Lo cierto es que nunca vivió como un hombre rico, sino como alguien a quien la jubilación le alcanza para llevar ordenadamente una vida desahogada.

Salió don Pedro a recibirlo. Tenía el pelo blanco, pero no estaba encorvado y parecía más robusto que antes.

—Luis Ángel —exclamó y abrió los brazos.

Estuvieron un rato abrazados. Cuando se apartaron, Morales preguntó:

—¿Valentina?

Creyó notar algo, quizá una momentánea crispación en la cara del señor. Repitió la pregunta.

—Está bien. Perfectamente.

—¿Puedo verla?

—No, no. —Después de una pausa, dijo—: Ahora no está.

—¿Dónde trabaja?

—En una fábrica.

—Si voy a la fábrica, ¿me dejarán hablar unas palabras con su hija?

—No. No creo. Hoy no fue al trabajo.

—Entonces volveré otro día.

—Después de un tiempo prudencial. Hay mucho que hacer y no me quedan ratos libres para las

visitas.

«Si me descuido», pensó, «disiento con don Pedro y nos peleamos. Una pelea absurda, en que llevo todas las de perder». Dijo:

—Me voy, don Pedro.

—Me parece bien.

—Pero —protestó Morales— en algún momento Valentina estará en la casa.

—Evidentemente.

—No quiero cargosear, pero me gustaría hacerme una idea de cuándo voy a encontrarla.

—No pretenderás que mi hija esté el santo día esperándote.

Caminó hacia la puerta. De nuevo recapacitó que no debía permitir que un altercado, sin más causa que una irritación momentánea, lo distanciara de don Pedro. Con mucha tristeza le dijo:

—No sé qué habré hecho, pero usted, don Pedro, ya no me trata con el afecto de antes.

—Si vos lo decís —admitió el viejo.

## XVI

Estaba desconcertado. No sólo por el imprevisto maltrato que había recibido. También por las dificultades que ahora tendría por delante para dar con Valentina. Otra sería la situación si Valentina y el padre vivieran en Buenos Aires. Podría, entonces, pasar por lo menos una vez por día frente a la casa. No iba a largarse diariamente a Temperley, sin más propósito que dar «pasaditas», o que estacionar por ahí, para vigilar la puerta. No había trabajo suficiente, para tanto viaje y tantas horas de no hacer plata. Es verdad que ese lunes no podía quejarse de falta de pasajeros. Empezó con el que levantó en Temperley y trajo hasta el pleno centro de Buenos Aires. Todo el día siguió igual. Dejaba uno y subía otro. Hay días así. Tal vez para compensar algo, porque él, de vez en cuando, sentía punzadas de disgusto. La entrevista con el padre de Valentina concluyó de un modo bastante desagradable, que no acababa de entender. «Me dejó cortado», observó y, como si hablara con otro, señaló su estómago. El disgusto se le había quedado ahí, «como un café con leche que te cae mal». Pero eso no tenía importancia. Lo peor era que el señor le había cerrado el camino para ir al encuentro de Valentina. «¿Se habrá casado y el señor teme que yo perturbe la armonía del matrimonio? Es una preocupación típica de los padres. De una madre, más bien. ¿O se casó con alguien espantoso y para protegerme de la desilusión, o porque le da vergüenza, me aleja? Mejor no pensar estupideces. Además, no se casó. El señor hubiera encontrado el modo de decirlo». De pronto sentenció: «Después de un principio como el de hoy, un día no se arregla con nada». Dejó el coche en el garaje. Aunque no tenía ganas de ver gente se fue al Espinosa, para no seguir cavilando.

## XVII

Le bastó con asomarse al Espinosa para saber que ahí, esa tarde, no estaría a gusto. Resignadamente se encaminó a su casa. Ya estaba llegando, cuando del zaguán salió una sombra en la que mecánicamente zigzagueaba un destello. Al advertir que se le venía encima el hombre (porque eso era, un hombre), se hizo a un lado. Lo vio pasar de largo y también al destello, seguramente la hoja de una navaja, que le rozó un brazo, a la altura del hombro. Antes de que se repusiera de la sorpresa, el rufiancito de la calle Viamonte, porque ése era el hombre que lo había atacado, se encaramó a la baranda del balcón y con agilidad de mono, por una hoja de la persiana, subió a la azotea de la casa. Con gran dificultad, Morales emprendió el mismo itinerario. Cuando llegó arriba alcanzó a ver al rufián sobre las chapas de zinc que techaban los baños y, momentos después, bajando al terreno contiguo. Corrió en su persecución y acaso lo hubiera alcanzado si el hombre se hubiera metido en la casa de los vecinos con el propósito de ganar la calle; pero el rufián era astuto y por el caño de bajada del agua subió al techo de esa casa. Morales subió también, pero con gran esfuerzo y, comparativamente, con lentitud. Todavía trepaba, pero había llegado a una altura que le permitía ver al hombre que, después de recorrer por los techos toda la cuadra, se disponía a bajar, pero no del lado de la calle, sino a un terreno o jardín interior, lo que obligaba a Morales a seguir el mismo recorrido para no perderlo de vista. Bajó a un jardincito muy cuidado y por una puerta entreabierta, por la que seguramente entró el hombre, se metió en la casa. En el comedor de diario un padre de familia y sus hijos rodeaban la mesa, mientras la señora estaba activa con fuentes y cacerolas. El padre quedó inmóvil, en el instante previo a disparar un chorro de sifón en el vaso de vino, que inclinaba con la otra mano. Evidentemente puso toda su atención en observar a Morales, como si creyera que así desentrañaría un misterio.

—Perdonen —dijo Morales, porque sintió que debía explicaciones—. Estoy persiguiendo a un mal sujeto. No quiero que se me escape.

—Pasó por acá —dijo una de las chicas—. ¿Es un ladrón?

—Lleva una sevillana.

—Uy —dijo la chica—. Se fue a la calle por esa puerta.

—No los molesto más —dijo Morales y esbozó un saludo.

Antes de salir, oyó que la señora comentaba:

«Así lo espero», y también oyó el afónico soplido y, en seguida, los borbotones del sifón. En la calle, que resultó ser José Juan Biedma, miró a derecha e izquierda. No vio al rufián. Corrió hasta Rivadavia, donde la multitud de gente y el continuo tráfico lo desanimaron. Moviéndose resignadamente la cabeza. La cacería había concluido.

## XVIII

—¿Sos vos, Morales? Aquí estoy, en tu propia pieza, desde quién sabe cuándo.

Abrió la puerta y al encontrarse con Leiva sentado en su cama, tuvo un disgusto que no quiso ocultar.

—Estoy deshecho de cansancio. No veo el momento de echarme a dormir.

—De acuerdo, pero vamos por partes. Primero, nosotros dos tenemos que hablar largo y tendido. Traigo noticias de la mayor importancia.

—Mañana las oigo. Ahora me harás el favor de irte y dejarme dormir.

—¿Qué te pasa?

Morales se sentó en el borde de la cama.

—¿Te acordás de un rufiancito, del que te hablé, uno que me atacó días pasados, con una sevillana? Hace un rato, con la misma sevillana, se me vino encima en el zaguán.

—¿Te hirió?

—Lo esquivé y cambió de idea.

—La manga está cortada a la altura del hombro y se ve un poco de sangre. A ver, mostrame.

—No es nada. Un rasguño. El tipo trepó al techo como un mono.

—¿Lo dejaste escapar?

—Lo seguí. Lo corrí, pero no pude alcanzarlo.

—Menos mal.

—¿Por qué menos mal?

—A lo mejor esta vez no lo vencías.

—¿Lo decís para darme ánimo?

—Hablé con Apes.

Morales se apretó la cabeza con las manos: se incorporó. Preguntó:

—¿El ayudante de Nemo? Mañana te oigo.

—Ahora déjame dormir. —Tomó un envión y se tiró de espaldas en la cama.

—Oíme bien. ¿Te digo lo que siento? ¿Te hacés el dormido o estás durmiendo? Por favor, oíme esto: se acabó la protección. No hay más.

Finita.

—Yo no busqué la protección de nadie.

—No digo que la buscaras. Sin ir más lejos, en Avellaneda, la otra noche...

—Querían volcarme el Rambler.

—Pusiste fuera de combate a media docena de tipos.

—A cuatro.

—A cuatro y un enano. ¿Te cansaste como hoy? En alguna de tus peleas ¿te cansaste como hoy?

—Me parece que no, pero eso ¿qué prueba?

¿Que no siempre uno está igual? Ya lo sabíamos.

—Apes me dio otra explicación. De paso, te prevengo: con sus medias palabras, porque no quería hablar, confirmando todo lo que yo supuse.

—Mira qué bien.

—No tan bien. Pero siquiera estás prevenido: ya se te acabó la protección de esos dos.

—¿Qué protección?

—¿Cómo? ¿No sospechas? No me vas a decir que nunca sospechaste. No te creo.

—Mira: no sé si quiero saber de qué estás hablando.

—¿Por qué no querés saber? ¿Porque lo sabés demasiado?

—Porque me muero de sueño.

## XIX

A la otra mañana, cuando llamó a casa de Valentina, lo atendió don Pedro. La extraña situación que le había tocado vivir en Temperley, se reprodujo por teléfono. El señor le habló afectuosamente hasta el momento en que él le preguntó por Valentina.

—¿Hasta cuándo me van a perseguir los entrometidos? —preguntó don Pedro y cortó la comunicación.

Morales pensó que había una diferencia entre las situaciones: en la entrevista el señor se mostró apenado pero seguro; en cambio por teléfono protestó con una voz lastimosa, que se ahogó en un sollozo. Esto le pareció raro.

Fue uno de esos días que a veces le tocan al taxista. Donde usted deja un pasajero, le sube otro. Del rendimiento no podría quejarse, pero trabajaba con la mente en otra cosa. Al dejar el Rambler, contó el dinero (ni de apuntar los viajes en su libreta le habían dado tiempo los pasajeros) y la suma fue tan considerable que lo sorprendió. Ya se iba, cuando el dueño del garaje le gritó:

—Se me olvidaba. Un tal Pedro te llamó por teléfono.



«No voy a pensar en nada», se dijo al entrar en la cama. «Sobre todo no voy a pensar en estas cosas». Estaba cansadísimo y muy triste. Como a la noche no podía largarse a Temperley, lo mejor dormir. ¿Para qué lo había llamado el padre de Valentina? ¿Para disculparse? Para decirle: «Acá está Valentina. Quiere hablarte». No debía hacerse ilusiones: traen mala suerte. La posibilidad, sin embargo, no era tan disparatada. A lo mejor don Pedro le contó a su hija cómo lo había tratado y ella le dijo: «Vas a llamarlo para pedirle disculpas», claro, y hasta a lo mejor ella hablaba con él después. Qué manera de hacerse ilusiones. ¿No estaría volviéndose loco? ¿Podía saber algo de lo que pasaba en casa de don Pedro? Circunstancias indescifrables para él lo habían impulsado a llamarlo. Desde luego, lo más probable es que fuera para disculparse, pero también era posible que si él de nuevo le preguntara por Valentina, el viejo volviera a enojarse y a cortar la comunicación. Quizá él debiera empezar por convencerlo de que había dejado la bebida. «Hay gente que no quiere un borracho para yerno», sentenció para sus adentros. «Y yo, si estuviera en su lugar, ¿lo querría?». Cuanto antes debía asegurarle a don Pedro que él ya no se emborrachaba. «¿Porque yo lo sé creo que todos lo saben? Mañana a la mañana me largo a Temperley para poner las cosas en claro con don Pedro». No durmió en toda la noche.

Más temprano que de costumbre llegó al garaje. Le preguntó al peón si alguien lo había llamado por teléfono. El hombre contestó:

—Usted no va a creerme. Hay días en que el teléfono llama no sé cuántas veces. Hoy está callado... Pero, discúlpeme: ¿quién quiere que lo llame? A esta hora, óigame bien, la gente no habla por teléfono, ¡duerme!

La réplica del peón no le hizo gracia; pensó que a lo mejor era un signo de que todo le saldría mal ese día. Si iba a Temperley tal vez únicamente consiguiera que don Pedro se enojara para siempre con él. En cambio, si se ponía a trabajar, a lo mejor cuando volviese habría para él un llamado de un tal don Pedro y por qué no de... «Más vale no pensar cosas buenas».

Trabajó más horas que nunca. Estaba llegando a Hidalgo y Rivadavia, cuando se dijo: «Tengo que aclarar las cosas con don Pedro. Yo sé que no volveré a hacerle mal a su hija. Yo sé que nunca volveré a beber. ¿Por qué voy a quedarme callado cuando él se enoja? Sin faltar a la verdad...».

No supo cómo seguir la frase. «¿Cómo sé que el viejo no piensa que lo peor que puede pasarle a su hija es volver conmigo?». Para qué negarlo, cuando bajó del coche frente a la casa de don Pedro, estaba intimidado.

No lo encontró bien a don Pedro: un pañuelo blanco en el pescuezo, con el moño medio suelto, los ojos congestionados, y, por si eso fuera poco, por momentos la expresión de estar distraído, ausente, lejos del interlocutor. En cuanto a la casa, impecablemente arreglada siempre, se diría que todo estaba fuera de lugar.

—¿Todo en orden? —Morales exclamó, y en seguida se preguntó si la pregunta no era estúpida. Se apresuró a decir—: ¿No pasa nada malo, don Pedro?

A éste le llevó un tiempo contestar: el necesario para fijar retrospectivamente la atención.

—¿Qué va a pasar? Nada, lo que se dice nada. —Hizo una pausa, miró a su alrededor, cerró los ojos y, como quien laboriosamente llega a una conclusión, anunció—: Voy a poner el agua para el mate.

—Por mí no se moleste.

—¿No vas a acompañarme en unos amargos?

Esta frase fue dicha en tono de ansiedad. Cuando el señor acercó un fósforo a la hornalla de la cocina, llamó el teléfono.

—¿Quiere que atienda? —preguntó Morales.

Don Pedro lo hizo a un lado y se precipitó sobre el aparato. Habló en voz baja, dando la espalda. Sin encender la hornalla, había dejado la llave del gas abierta; la cerró Morales. El señor se volvió hacia él y con una tímida sonrisa explicó:

—Equivocado.

Morales dijo algo que empezó como pregunta y concluyó como afirmación.

—Usted espera un llamado importante.

El señor se puso a llorar.

—Lo que pasa —dijo— es que soy un viejo estúpido. No me hagas caso. No debo perder un minuto. Sos mi último recurso. Debo hablarte, pero me asustan las consecuencias.

—Hable.

—No puedo.

Entonces don Pedro rompió en sollozos y la cara se le enrojeció aún más, se le mojó. Morales tuvo un arranque de repulsión. «Es el padre de Valentina», se dijo como si necesitara recordarlo. Nunca había pensado que el llanto de un viejo pudiera ser tan desagradable.

—Diga lo que tiene que decir.

—Me la secuestraron, Morales, me la secuestraron.

No entendió. Preguntó en un hilo de voz:

—¿A quién?

—A Valentina.

—¿Está seguro?

—El secuestrador me llama por teléfono.

—¿Avisó a la policía?

—Dice que si llamo a la policía, lo sabe en el acto, y que yo haga de cuenta que la condené. Porque él la mata sin lástima. A mi hija, fíjese bien.

—¿Qué pide?

—Una suma increíble. ¿De dónde la voy a sacar?

## XXIII

Desde que se había casado, Leiva vivía en pleno centro. En el primer piso de una vieja casa de muchos pisos, en Suipacha y Tucumán. Ahí llegó Morales a las diez de la noche. Le abrió la puerta Beatriz, la mujer de su amigo, que le dijo:

—Si lo buscas a Leiva, no está.

—No me diga que está trabajando a esta hora —exclamó y pensó en seguida que era un idiota, que debía pensar antes de hablar, que tal vez por su culpa la mujer iba a enojarse con Leiva.

Beatriz le dijo:

—Hacé de cuenta que es un médico. Todo telefonista es un médico de teléfonos. Lo llaman, le explican. Le lloran que para ellos tener el teléfono es cuestión de vida o muerte. Hay alguien enfermo en la casa y en cualquier momento deben llamar al médico.

—Y Leiva no tiene coraje para decir que no...

—A eso iba. No sabe decir que no. A mí me arregla con el cuento de que prefiere ir en seguida para tener mañana el día aliviado. ¿Lo vas a esperar?

—Si no molesto.

—¿Cómo se te ocurre? Pasa, por favor.

Le trajo un café.

A Morales toda persona habladora le parecía inteligente. Pensó: «Inteligente la señora». Mientras hacía la reflexión recordó sin saber por qué unos versitos:

¡Ay, la mujer del amigo!

¡Yo, hasta ahí, no lo sigo!

Leiva llegó poco antes de las once.

—Vamos a cenar ahora —declaró Beatriz—. No quiero que se me pasen las milanesas.

—Morales tiene algo que decirme —alegó Leiva—. A lo mejor me lo dice en un minuto y lo liberamos.

La señora protestó:

—No lo liberamos nada. Va a cenar con nosotros.

Se apresuró Morales a decir:

—Gracias, pero no quiero ser una molestia.

Vuelvo en cualquier momento...

—Cenando con nosotros, no molestas, pero si estás de mirón, es otra cosa.

«Muy suelta la señora», pensó admirativamente. Pareció que el café le había quitado para siempre el hambre. Tan nervioso estaba que en un instante comió las milanesas: la que Beatriz le sirvió primero y la que le sirvió después. Empezó a dolerle el estómago «como si hubiera tragado placas de fierro».

Cuando los dejaron solos, dijo:

—Secuestraron a Valentina.

Leiva lo miró asombrado.

—No puedo creer —dijo—. ¿Estás seguro? ¿Desaparecida, presa quién sabe dónde?

Contó lo que le había dicho don Pedro. Leiva exclamó:

—Tiene que haber un error. Que yo sepa, don Pedro no es gente rica.

—Va de suyo. Por lo demás, no creí nunca en ese rumor de que alguna vez él se sacó la grande.

—¿Hizo la denuncia del secuestro? ¿O vos la hiciste?

—Don Pedro no quiere.

—Es un primer paso indispensable. —A continuación habló lentamente, enfatizando cada palabra—. En la comisaría de Temperley que corresponda al domicilio del señor.

—No soy quién para pasar por encima de la voluntad de don Pedro.

—En un asunto así no es posible andar con miramientos. ¿Te vas a cruzar de brazos?

—De ningún modo. Es claro que te mentiría si te dijera que tengo un plan. Eso sí, he pensado (me perdonarás) que podrías darme una mano.

—¿Cómo?

—Interviniendo la línea de don Pedro. Hay que averiguar de dónde lo llaman.

Leiva lo miró alarmado. Después preguntó en voz baja:

—¿No estarás planeando una operación de rescate?

—No soy suicida.

—Me alegro. Pinchar la línea es algo que está dentro de las posibilidades...

—Si sabemos dónde la tienen a Valentina, habrá llegado la hora de no andar con miramientos, como con toda razón dijiste, y de hacer la denuncia en la comisaría, para que actúen en el acto.

—Vas a darme tu palabra...

—De acuerdo.

—Hablemos claro. Si estás planeando una locura, pensá que los dos tendríamos más chance.

Lo primero de todo es que le recomiendes a don Pedro que se las arregle, con el mayor disimulo, eso sí, para alargar las conversaciones.

## XXIV

Aquél fue un día interminable. Dejó por fin el Rambler en el garaje y mientras caminaba hacia la casa pensó: «La noche va a ser más difícil». Cuando puso la llave en la puerta de la pieza, oyó un chistido. Doña Eladia, de batón suelto y en camisa, lo llamaba desde su pieza.

—Pasá —le dijo.

—Es tarde. No quiero molestar.

—Hacete a la idea, una vez por todas, de que a Eladia nunca la molestas.

—Entonces, déjeme que la ayude.

Sin contestarle, doña Eladia acercó una silla a una mesita, le pidió que «tomara asiento», trajo una bandeja minúscula, con un botellón y dos copas, sirvió, se sentó en el borde de la cama y brindó:

—Por nosotros. ¿Te gusta?

No comprendió en seguida la pregunta. Se apresuró a contestar:

—Sí, sí. Cómo no.

—Es Licor de las Hermanas. No tengo otra cosa.

Así y todo, el borracho se lo toma. Vos sabes, los otros días, me quedé pensando.

—¿En qué, doña Eladia?

—Por favor no me digas doña. Me quedé pensando que me porté como una ingrata. Habrás pensado que soy estúpida.

—No pensé tal cosa.

—Pudiste pensarlo, pero te anticipo que se acabó todo eso. Hoy vino hecho una cuba. No me vas a creer: fui hasta el almacén y lo llamé a Tuquito. Como oís.

—¿Quién es Tuquito?

—El doctor, mi cuñado. Lo llamé para que se lo llevara. Así: como lo oís. Creo que es hora de que entiendan. Si no quieren que me separe, mejor que no me lo devuelvan hasta que haya dejado la bebida. Tuquito es médico y prometió que va a curarlo. Habrá que ver.

—Yo me curé solo.

—Por lo que llevo aguantado, el Palurdo tiene conmigo, no sé si me explico, una deuda grande.

Las chicas, María Esther, Roberta, Belinda Carrillo, en una palabra: todas... me aconsejan que empareje la situación, que de algún modo me ponga en deuda con él, no sé si me explico, para que estemos a mano.

Se incorporó y sin mirarla dijo:

—Agradecido, señora. Tenga muy buenas noches.

Con paso firme se fue a su cuarto.

Por cierto, el siguiente fue otro día de ansiedad, de andar sin saber por dónde. Menos mal que si tenía que dar un vuelta, no cometía errores, que si el pasajero quería ir a Triunvirato y Piran (es un decir), lo llevaba a Triunvirato y Piran; pero acaso no fuera él quien daba el vuelta y manejaba el auto, sino sus actos reflejos de viejo taximetrero.

A eso de las cuatro de la tarde, como estaba en el centro, dejó el auto en un garaje y se largó a casa de Leiva. Abrió la puerta Beatriz.

—En qué andarán ustedes dos. ¿Una conspiración? Algo se traen. ¿Ves? Y, lo que es a mí, no me gustan los secretos. Para qué negarlo, me dan rabia, pero como soy buena, te paso el mensaje que dejó tu amigo: «Entre Tristán Suárez y Máximo Paz, una casa un poco retirada de la ruta, pero sobre la ruta, y sola, sin vecinos». ¿Entendés? Yo, no.

—Yo tampoco.

—Dice que si pasas esta noche te da más precisiones. Así que te esperamos a cenar.



Cuando sacó el Rambler del garaje, ignoraba que no trabajaría esa tarde. Enderezó para Rivadavia. Si lo llamaban fingía distracción, movía disuasivamente una mano. A pesar de que la única persona con quien se hubiera sentido acompañado era Leiva, no iría a su casa. Con nadie más, ni siquiera con Beatriz, podría hablar del secuestro y ¿de dónde sacaría ánimo para poner la atención en otro tema? Dobló por Jujuy; después, a toda velocidad, tomó la autorruta a Ezeiza; finalmente la dejó para ir a la ruta 85, por la que siguió rumbo al sur. Pasó por Tristán Suárez y, cuando faltaba poco para llegar a Máximo Paz, vio, primero, un camino que a mano izquierda se internaba en el campo y salía hacia un loteo; después, muy pronto, sobre la misma mano y a unos cincuenta metros de la ruta, una casita que parecía la torre de un fuerte, «un típico fuerte, con almenas, que nunca se hizo», pensó Morales, «por falta de plata». La torre era chica, probablemente construida con malos materiales, con una puerta entre dos ventanas y una azotea arriba, erizada de almenas.

Tras mirar hacia un lado y otro de la ruta, Morales giró con su Rambler, avanzó unos metros en sentido opuesto al que había traído, se internó por el camino del loteo y pudo ver que en la parte posterior la casa no tenía puerta. «Una ventaja», pensó. «Puedo trabajar de ese lado sin temor a que los ocupantes de la casa me sorprendan. Nada les impide, dirán algunos, vigilarme desde la azotea de la torre: pero parece difícil que alguien salga a la azotea sin que yo lo advierta». Fue a Temperley y en una pinturería llamada Los Mil Colores o algo así, compró una escalera plegadiza. Con ella en el techo del Rambler, volvió al camino que se internaba en el loteo.

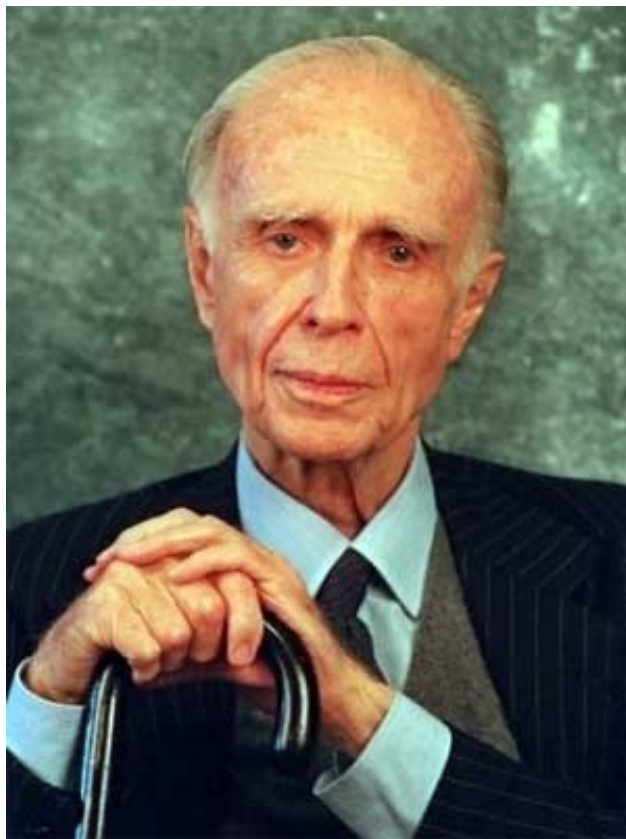
Bajó del coche, cargó con la escalera y trabajosamente llegó hasta la parte posterior de la casita en forma de torre. Subió por la escalera hasta lo que podríamos llamar la terraza. Desde ahí se asomó sobre el cuarto de abajo y vio algo que por un instante lo paralizó: Valentina atada a una silla y amordazada. Como de lo bueno y de lo horrible siempre puede haber más, vio a un hombre maltratando a la muchacha. Sin pensarlo dos veces, Morales se arrojó sobre él. En el suelo pelearon un rato; mejor dicho, el individuo tuvo que aguantarse una paliza, porque ya estaba un tanto anonadado por el golpe recibido cuando Morales cayó sobre él y lo derribó. Después de la victoria sintió en el pecho un grato, cálido orgullo; había defendido victoriosamente a la mujer querida, se había puesto a prueba y había triunfado. Se incorporó, cargó con Valentina, abrió la puerta y la llevó hasta el automóvil. La recostó en el asiento trasero del coche y sintió una invencible pasión de amor. Con movimientos rápidos, quizá torpes, le levantó la pollera, se echó sobre ella, la atrajo con fuerza quizá excesiva, con pareja intensidad y convicción como la puesta en vencer al secuestrador.

Valentina no paraba de llorar. «Demasiadas emociones encontradas», pensó Morales y, como no quería ser egoísta, la llevó a la casa del padre.

Don Pedro sumó su llanto —de alegría desde luego— al de la hija. Tan perturbada estaba ella que, cuando Morales fue a darle un beso de despedida, lo contuvo con una mano. Pensó Morales: «Pobrecita. Ese inmundo secuestrador, cuántas veces, contra su voluntad, la habrá besado».

Morales pensó que él fue muy torpe, que nunca debió forzarla. Había que tener paciencia y dar tiempo para que todo se encauzara naturalmente.

Las cosas no se encauzaron como él esperaba. Las más veces, don Pedro le decía que su hija no estaba en la casa. O peor aún: Morales la veía partir, no bien llegaba él. Según el estado de ánimo, don Pedro le decía: «No te hagas mala sangre. Volverá a quererte», o en tono de exasperación: «¿Cuándo vas a entender que ya no te quiere?». Morales advertía la indiferencia del viejo y por amor propio sentía el impulso de pelearse con él, pero lo reprimía siempre, porque entendía perfectamente que alejarse del viejo sería, sin la menor duda, alejarse para siempre de la mujer querida. De modo que todos los días pasaba largos ratos mateando con don Pedro, hablando apenas, o en silencio.



ADOLFO BIOY CASARES (Buenos Aires, 1914-1999) Escritor argentino, uno de los más destacados autores de la literatura fantástica universal. Miembro de una familia de hacendados bonaerenses, mostró una temprana vocación por las letras, y ya en 1933 publicó el volumen de cuentos *Diecisiete disparos contra lo porvenir*.

A los 18 años, en 1932, conoce en casa de Victoria Ocampo a Jorge Luis Borges, con el que fundó la revista *Destiempo*. Juntos escribieron varios volúmenes de relatos policíacos, mezclados con observaciones irónicas sobre la sociedad argentina y suscritos con diversos seudónimos: H. Bustos Domecq, B. Suárez Lynch, B. Lynch Davis y Gervasio Montenegro. Entre ellos: *Seis problemas para don Isidro Parodi* (1942), *Crónicas de Bustos Domecq* (1967) y *Nuevos cuentos de Bustos Domecq* (1977).

En 1940, se casa con Silvina Ocampo y publica *La invención de Morel*, su obra más famosa y un clásico de la literatura contemporánea.

Entre sus títulos más destacados se cuentan también las novelas *Plan de evasión* (1945), *El sueño de los héroes* (1954), *Diario de la guerra del cerdo* (1969), *Dormir al sol* (1973) *Aventuras de un fotógrafo en La Plata* (1985) y *Un campeón desparejo* (1993), así como los libros de cuentos *El perjurio de la nieve* (1944), *La trama celeste* (1948), *Historia prodigiosa* (1956), *Guirnalda con amores* (1959), *Historias desafortunadas* (1986) y *Una muñeca rusa* (1991).

Su obra narrativa le valió diversos galardones, como el Premio Nacional de Literatura en 1970, el Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores en 1975, y el Premio Cervantes en 1990.

Wikipedia, la enciclopedia de contenido libre.

[http://es.wikipedia.org/wiki/Adolfo\\_Bioy\\_Casares](http://es.wikipedia.org/wiki/Adolfo_Bioy_Casares)